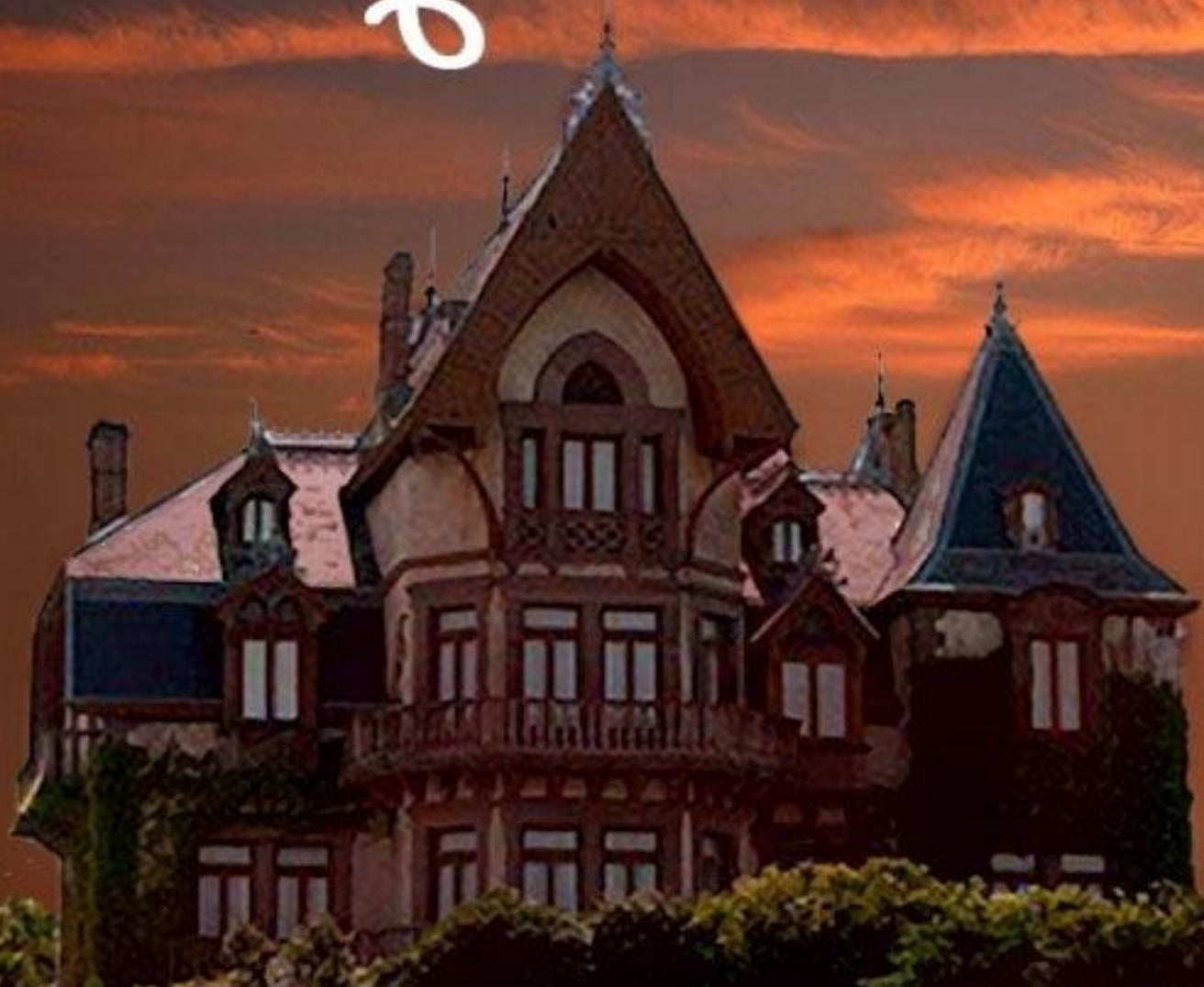


La casa del crepúsculo



Laura Gallego

Lectulandia

Lázaro es un joven de trece años obligado a trasladarse de la ciudad al pueblo donde vive el resto de su familia. En este aburrido y caluroso verano, Lázaro se siente irremediabilmente atraído por un viejo caserón abandonado donde, tras colarse en el jardín una noche, ve el espectro de una joven. Desde entonces dedicará todo su tiempo a desentrañar el misterio de su muerte.

Lectulandia

Laura Gallego García

La casa del crepúsculo

Novela inédita

ePub r1.3

Titivillus 29.01.15

Título original: *La casa del crepúsculo*

Laura Gallego García, 2001

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

1837

El ama de llaves entró en el salón, pálida y muy alterada.

—¡No está en su habitación!

El anciano alzó la cabeza y miró al hombre joven que estaba de pie junto a la chimenea.

—¿Has oído? —dijo.

El joven le devolvió la mirada, muy serio. Era alto y bien parecido, y su perfil expresaba determinación.

Al anciano se le empañaron los ojos.

—Has sido muy duro con ella.

—Sólo dije la verdad —replicó él—. Usted sabe tan bien como yo qué es lo que ha pasado en esta casa, desde que vine a vivir aquí. Si es inocente, ¿por qué huye?

—Porque está enferma, hijo.

—Razón de más para internarla, señor.

El anciano bajó la cabeza.

Hubo un largo silencio en la habitación. El ama de llaves se retorció las manos, muy nerviosa. Finalmente, no pudo aguantar más, y dijo:

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no van a hacer nada?

El estruendo de un trueno ahogó sus palabras.

El joven ignoró a la mujer, y le dio la espalda para asomarse al ventanal. Fuera era de noche, y no había luna: el cielo estaba completamente encapotado. Dejó vagar su mirada por las oscuras sombras de las copas de los árboles, pero entonces un relámpago iluminó el jardín, y el joven dio un respingo: una forma blanca se movía entre los árboles, hacia el estanque.

—¡Allí! —gritó.

El anciano se sobresaltó, y el ama de llaves ahogó un grito. El joven cogió la levita y se la puso apresuradamente.

—La he visto corriendo hacia el estanque —explicó, muy pálido—. No está en su sano juicio; temo que intente hacer algo terrible.

—¡No! —gritó el ama—. ¡Impídaselo, señor!

El joven salió corriendo de la habitación.

—Asómate a la ventana y dime qué ves —suplicó el anciano, que no podía moverse.

El ama obedeció, y miró hacia fuera.

—No los veo, señor; está oscuro.

En aquel momento, un relámpago iluminó el cielo, y la mujer distinguió la sombra del joven corriendo entre los árboles, en pos de una figura vestida de blanco que se dirigía hacia el estanque.

—¡Señorita! —susurró la buena mujer, asustada—. ¡Vuelva con nosotros, se lo ruego!

—¿Qué hay? ¿Qué hay? —preguntó el anciano desde su sillón.

La oscuridad había vuelto a adueñarse del jardín.

—El señor intenta alcanzarla —murmuró el ama de llaves—. Roguemos a Dios que llegue hasta ella antes de que sea demasiado tarde.

Retumbó un trueno.

I

La casa estaba allí, esperándole.

Lázaro cambió el peso de un pie al otro y se quedó mirándola. No era la primera vez que la veía, pero siempre le causaba la misma impresión; aquel edificio tenía algo diferente, una especie de aura misteriosa.

Lázaro cruzó la calle de las Acacias para acercarse a la enorme verja de hierro, y se asomó, colocando la cara entre los barrotes. La casa era antigua, pero estaba muy bien conservada, aunque allí no vivía nadie. Frente a ella había un amplio jardín sembrado de blancas estatuas clásicas. La niebla serpenteaba entre los setos, de trazado laberíntico; Lázaro sabía que podría perderse en aquel jardín y esconderse en los recodos de los senderos durante horas... si pudiese entrar, claro. Y entraría, sin duda. Algún día, se prometió a sí mismo por enésima vez, entraría.

Alzó la mirada hacia el edificio y se estremeció. Allí había algo, algo que no podía explicar, pero que lo tenía hipnotizado.

A Lázaro le apasionaban los enigmas y las cosas sin explicación, especialmente si tenían que ver con lo sobrenatural. Sus películas, libros y cómics favoritos siempre trataban temas paranormales y, en general, le interesaba más bien poco todo aquello que se pudiera tocar.

Siempre había creído que en el mundo había otra realidad, además de la cotidiana, visible y evidente. Y soñaba con enfrentarse a ella algún día. Por eso se sentía atraído por los lugares extraños, solitarios, misteriosos... como aquella casa.

—Cualquiera diría que te está mirando, ¿verdad? —dijo una voz a su espalda.

Lázaro se volvió. Tras él había una chica un poco mayor que él, de pelo corto y con el rostro lleno de pecas. Sus ojos castaños lo miraban divertidos.

—¿Qué haces aquí? Vas a llegar tarde al colegio.

Lázaro se encogió de hombros.

—Me da igual. Hoy es el último día de clase.

—Mira que se lo voy a decir a tu madre.

—¿Y qué? Si te lo pasas bien haciendo de chivata, adelante. Sabes que las riñas me resbalan, Sara.

Ella suspiró, y miró a Lázaro con reprobación. Aún no había cumplido los trece años, pero ya era el rebelde de la familia. Sus modales descarados y su forma de vestir escandalizaban a su abuela y a su tía Clara, aunque a la madre de Lázaro parecía no importarle.

Sara se colocó a su lado, junto a la verja.

—No te gusta este pueblo, ¿verdad?

—Muy aguda. ¿Cómo lo has adivinado?

—No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta. ¿Tampoco te gusta el colegio? Fermín dice que siempre llegas tarde, y que a veces, ni apareces.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Eres mi primo, ¿no?

Lázaro no contestó.

Hacía poco que se había ido a vivir con su madre al pueblo donde vivía su familia. Lo conocía, porque solía pasar allí las vacaciones de verano. Pero una cosa era veranear, y otra, muy distinta, vivir. Tras el divorcio de sus padres, a su madre no se le había ocurrido otra cosa mejor que mudarse a un piso junto a la casa de su familia.

Allí, Lázaro tenía abuelos, tíos y primos; pero no tenía amigos. Aquél había sido el curso más difícil de su vida.

—No te gusta el pueblo, ni te gusta el colegio —dijo Sara—. Pero, en cambio, parece que sí te gusta la casa de los Valbuena.

Lázaro se volvió, interesado.

—¿Los Valbuena? —repitió—. ¿Son los dueños de la casa?

Sara asintió.

—¿Y por qué no viven aquí?

—No pueden. La familia está dividida desde hace generaciones. Se pelean por esa casa en los tribunales, y, hasta que no se dicte sentencia, nadie puede vivir en ella. Pero se encargan de mantenerla limpia y cuidada. Es el legado familiar.

Lázaro asintió, sombrío. Sabía bastante acerca de familias que se rompían.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó a su prima—. ¿Es otro cotilleo de pueblo?

Ella pasó por alto la pulla; a menudo, Lázaro tendía a creerse superior, sólo porque se había criado en una ciudad. Pero su abuela decía que ya se le pasaría la tontería.

—Estoy preparando un reportaje para la revista del instituto —le explicó—. Éste es el edificio más antiguo que tenemos en el pueblo, después de la iglesia. Bueno —rectificó—, quizá haya otras casas más viejas, pero no tan señoriales ni tan bien conservadas. Ésta se construyó en 1806. ¡Qué de cosas habrán visto sus muros!

Lázaro suspiró con impaciencia. A veces, Sara podía llegar a ser realmente cargante.

—¿Has visto el jardín inglés? —le preguntó ella.

—No. ¿Qué es eso?

—Es el jardín trasero de la casa. Es de un estilo distinto al de la parte delantera, porque lo construyeron más tarde, en 1833. Las modas habían cambiado, incluso para los jardines.

—Qué bien.

—Bueno, veo que te mueres de ganas de ir al colegio —dijo Sara con ironía—, así que no te entretengo más.

Lázaro miró la hora y vio que ya llegaba veinte minutos tarde. De mala gana, se despidió de su prima, se alejó de la casa y echó a andar hacia el colegio.

No prestó mucha atención a las clases: sus pensamientos vagaban por entre los

setos de la casa decimonónica, y no deseaba otra cosa que oír el timbre que anunciaba la salida, para volver a la casa y encontrar algún modo de ver aquel jardín inglés del que le había hablado Sara.

La mañana fue larga, pero, finalmente, el sonido del timbre se oyó por todos los pasillos del colegio. Todos los chavales vaciaron sus pupitres y se marcharon a casa corriendo, riendo y jugando a lanzarse globos de agua unos a otros. Las vacaciones de verano acababan de empezar.

Lázaro recorrió el pueblo con paso ligero, y pronto estuvo de nuevo ante la enorme verja de la casa de la calle de las Acacias. Llevaba mucho tiempo queriendo entrar en aquel sitio y, ahora que tenía ante sí un largo y caluroso verano, que sería, presumiblemente, tan aburrido y carente de emoción como todos los que pasaba en el pueblo, decidió que no pararía hasta conseguirlo.

Se asomó de nuevo para observar el laberinto que formaban los setos, cuidadosamente recortados. Los rosales estaban en flor, y su colorido contrastaba con el blanco marmóreo de las estatuas.

Lázaro se separó de la verja y echó a andar, siguiendo el muro que rodeaba la casa. A menudo se había quedado mirando aquel muro, preguntándose si podría trepar por él, pero nunca lo había intentado.

Tampoco había rodeado la casa para ver qué había detrás.

Se sorprendió del tamaño de la propiedad. El perímetro era amplísimo. Al otro lado, Lázaro podía distinguir las copas de los árboles de lo que parecía un bosquecillo. «El jardín inglés», pensó, y sintió vivos deseos de verlo. Apresuró el paso para seguir rodeando la casa en busca de un lugar por donde entrar.

Finalmente, lo vio: un enorme árbol crecía justo al lado del muro. No sería difícil trepar por él, y echar una miradita, así que dejó la mochila apoyada contra el muro y empezó a subir. Se arañó una rodilla, pero su esfuerzo se vio recompensado: había una larga rama que se proyectaba hacia la parte superior del muro.

Lázaro apoyó los pies en las ramas más bajas y se dio impulso hacia arriba para seguir subiendo, hasta alcanzarla. Entonces avanzó, tanteando. La rama se movía mucho y no parecía segura, así que se detuvo a medio metro del muro.

—Bueno, no hace falta que entre —se dijo a media voz—; o, al menos, no ahora.

Se aferró bien a la rama y estiró el cuello para ver mejor.

Vio el jardín inglés, y comprendió entonces lo que había dicho Sara sobre estilos diferentes.

Si el jardín delantero era clásico, geométrico, los setos estaban perfectamente recortados y la pequeña fuente invitaba a la calma y la tranquilidad, el jardín inglés era salvaje e inquietante.

En lugar de la fuente, había un enorme estanque con nenúfares, oscuro y profundo. Los árboles (cipreses, abetos y otras variedades que Lázaro no conocía), se alzaban sobre una hierba aparentemente descuidada, creando espacios de luces y sombras. La naturaleza crecía de forma desbordada, como en un pequeño bosque,

como si por allí no hubiese pasado la mano del hombre.

Pero, observando con atención, Lázaro comprendió que el jardín estaba hecho así a propósito.

Y le gustó mucho más que el jardín delantero, con sus estatuas y sus rosales.

Suspiró, y miró la hora; su madre le estaría esperando en casa para comer. De mala gana, bajó del árbol.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, una mano aferró su hombro, sobresaltándole.

II

Lázaro se volvió lentamente, imaginando que iba a recibir una buena bronca por trepar a los árboles para espiar en casas ajenas.

Pero no. Tras él había un chaval de su edad, bajito y con el pelo oscuro casi tapándole los ojos.

—Oye, tú —dijo el chico.

Lázaro lo conocía: iba a su clase, y se llamaba Lucas.

—Me llamo Lázaro —replicó, sorprendido, aliviado y molesto, todo a la vez.

—Oye, tú —repitió Lucas—. ¿Sabes ya lo de esta noche?

—No. —Lázaro fue a coger su mochila, dándole la espalda. Pero Lucas le siguió.

—Necesitamos gente —dijo.

—Pues qué bien.

Lázaro ya no estaba sorprendido ni aliviado; sólo molesto.

—Peña está con una pierna escayolada —siguió explicando Lucas—, y a Soriano lo han castigado sin salir. Los Castillo se van de vacaciones esta tarde...

—No contéis conmigo —cortó Lázaro, aunque aún no sabía de qué le estaba hablando Lucas.

—Es que nos hemos quedado siete, nada más —protestó Lucas—. Cinco tíos y dos tías. Estaría bien que fuésemos pares...

—Pues buscaos a otro.

Lucas se encogió de hombros.

—Vale, allá tú.

Y dio media vuelta para marcharse. Lázaro lo siguió con la mirada, suspiró y, cogiendo su mochila, echó a andar hacia su casa.

Estaba terminando de comer cuando llamaron a la puerta, y tuvo que levantarse para abrir.

Fuera estaba su primo Fermín. Fermín era hermano de Sara, e iba a la misma clase que Lázaro. Aun así, no solían ir mucho juntos.

—Hola —saludó Fermín, un poco cortado.

—Hola. ¿Querías algo?

—Sí, mira, es que me ha dicho el Lucas que no quieres venir esta noche con nosotros.

—Pues te ha dicho bien. No me apetece salir.

Fermín lo miró con desaprobación.

—Pues cuando eras pequeño te morías por participar. Pero ni a ti ni a mí nos dejaban, porque éramos muy críos. ¿No te acuerdas?

No, Lázaro no se acordaba, pero empezaba a picarle la curiosidad.

—Pero, vamos a ver, ¿de qué me estás hablando?

Fermín se quedó con la boca abierta.

—¡Pero... pero si Lucas me ha dicho que había hablado contigo!

—Pues no se habrá explicado bien —gruñó Lázaro; la conversación empezaba a ser demasiado larga para su gusto, y el postre aún le esperaba sobre la mesa.

—¡Pero si es tradicional! —Fermín le dirigió una mirada dolida—. El primer día de vacaciones nos reunimos todos por la noche para jugar a polis y cacos por todo el pueblo.

Lázaro parpadeó, perplejo.

—¿Polis y cacos? —repitió.

—Claro. Verás, llevamos linternas. La plaza mayor es la comisaría. Los cacos corren a esconderse y los polis cuentan hasta cien y...

—Vale, vale, sé cómo se juega a polis y cacos. Pero el caso es que no tengo ganas, ¿sabes?

—Pues yo creo que deberías ir —dijo una voz a sus espaldas.

Lázaro se giró. Una mujer alta, esbelta y elegante le miraba con desaprobación desde la puerta del salón.

—Pero, mamá...

—Ni mamá ni historias —cortó ella—. Ya estoy harta de que estés todo el día en casa de morros. Si pensabas quedarte aquí encerrado todo el verano, lo tienes claro. También las madres tenemos que descansar, ¿no te parece?

Lázaro hizo un gesto de fastidio. Su madre le consentía muchas cosas, pero, si alguna vez se empeñaba en algo, no había nada que hacer.

—Además... —se atrevió a añadir Fermín—, pensábamos que a ti te gustaría eso de recorrer el pueblo de noche, a oscuras. Como eres tan...

Fermín no completó la frase, pero a Lázaro se le ocurrieron al punto varios adjetivos: «noctámbulo», «extravagante», «raro», «solitario», «siniestro», «excéntrico»... la mayoría de ellos se los había aplicado, sin piedad, su siempre juiciosa prima Sara.

Un poco a su pesar, Lázaro tuvo que reconocer que Fermín tenía razón: la noche, el misterio, la soledad... le fascinaban. Y recorrer el pueblo bajo las estrellas jugando a perseguir o ser perseguido reunía los tres factores.

—Oye, ¿te decides, o qué? —protestó Fermín.

—Anda, Lázaro, di que sí... —metió baza su madre.

Lázaro iba a decir que no, a pesar de todo, cuando se le ocurrió una idea.

—¿Por todo el pueblo, has dicho?

—Bueno, hay algunos límites, claro...

—¿También por la parte antigua?

—Sí, claro...

—Entonces, me apunto.

Horas después, un grupo de siete «cacos», entre los que se contaban Lázaro y Sara, salía corriendo de la Plaza Mayor, ante la mirada impaciente de los «polis», que tenían que esperar un rato hasta poder echar a correr tras ellos para darles caza.

Al principio, Lázaro siguió a los otros; pero pronto, al doblar una esquina, se

quedó atrás deliberadamente... y se escabulló entre las sombras, alejándose de sus compañeros.

No tardó en llegar a la finca Valbuena. La rodeó, en busca del árbol al que había subido aquella mañana para ver el jardín. Cuando lo encontró, miró a su alrededor antes de comenzar a trepar por él: no había nadie por los alrededores.

Apenas unos instantes después, hacía equilibrios sobre la rama que sobrepasaba el muro del jardín inglés.

Recapacitó. Podía quedarse allí, pero la rama se movía demasiado, y, además, cualquiera que pasase por allí lo descubriría. La única razón por la que había aceptado unirse al juego era la posibilidad de poder entrar en el jardín sin que nadie lo viese, camuflado por la oscuridad.

Por otro lado, parecía difícil alcanzar el muro desde allí. Y la altura no era despreciable. Si se caía...

Lázaro oyó voces cerca de allí, y reconoció la de Lucas, que era «poli». No tenía mucho tiempo. Avanzó lentamente por la rama, aferrándose con brazos y piernas, hasta que vio que no podía moverse más hacia adelante, porque podría quebrarse. Miró el muro: no estaba demasiado lejos. Dándose impulso, se lanzó hacia él, y sus manos lograron agarrarse a la parte superior.

Lázaro respiró hondo. Aún se aferraba a la rama con las piernas, pero los brazos le temblaban. Ahora o nunca.

Saltó. La rama volvió a su lugar, con un susurro de hojas. Lázaro quedó colgado del muro, en precario equilibrio. Hizo un esfuerzo más, y por fin logró subir a lo alto, quedándose a horcajadas sobre el muro.

Se asomó al interior del jardín. Estaba oscuro, pero él había visto aquella mañana que justo debajo había unos mullidos matorrales que amortiguarían su caída.

No lo pensó más: saltó.

Aterrizó suavemente dentro del jardín trasero de la casa de los Valbuena.

Se quedó un momento decidiendo qué iba a hacer a continuación... y se dio cuenta, de pronto, de que, si pretendía volver a salir, no podría hacerlo por el lugar por donde había entrado.

Intentó no dejarse dominar por el pánico. Seguro que podría salir de allí, de alguna manera.

De momento, había algo más urgente: ¡explorar el jardín!

La luna y las estrellas brillaban allí con más claridad que en el cielo de la ciudad, y Lázaro podía recorrer el jardín sin muchos problemas. La luna se reflejaba en el estanque, bordeado de nenúfares, y la brisa removía las oscuras copas de los árboles. Entre los matorrales había pequeños senderos de tierra, y Lázaro se perdió por ellos, seguro de que no había ningún peligro, porque estaba completamente solo en la propiedad Valbuena.

Se le pasó el tiempo sin sentir. Cuando se cansó de explorar el jardín inglés, decidió ir a la parte delantera de la casa, ver el jardín de los setos y las estatuas

blancas y, de paso, comprobar si podía trepar por la verja desde dentro para salir de allí.

Pero, de pronto, vio algo, y se quedó quieto, semioculto entre los árboles, con el corazón latiéndole con fuerza.

Una figura de blanco avanzaba por el jardín, hacia el gran estanque. Lázaro se quedó mirándola, muy sorprendido. Parecía una mujer con un vestido largo. Estaba de espaldas, así que no parecía haberle visto.

¿Quién era ella? ¿Qué hacía allí?

El primer impulso de Lázaro habría sido marcharse de allí cuanto antes; pero ahora sentía curiosidad, así que se acercó a la mujer de blanco, ocultándose entre los matorrales y sin hacer ruido, para que ella no lo descubriera.

Cuando estuvo lo bastante cerca, se asomó de nuevo, echó un vistazo... y tuvo que contenerse para no lanzar una exclamación de sorpresa.

La joven deambulaba sin rumbo junto al estanque; daba la sensación de que no sabía muy bien qué hacer, o a dónde ir. Pero sus pies flotaban en el aire, unos centímetros por encima del suelo, y su figura estaba rodeada por un aura blanca muy tenue, y, lo más sorprendente... Lázaro podía ver a través de ella. Parpadeó, pero supo enseguida que no se debía a un efecto óptico, ni a la neblina nocturna.

La chica del vestido blanco era un fantasma.

Lázaro no se asustó. Siguió allí, fascinado, sin acabar de creer su buena suerte. Llevaba mucho tiempo deseando con toda su alma que pasara algo extraordinario en su vida, algo que le demostrara que el mundo era mucho más de lo que parecía, y ahí tenía la prueba.

De modo que se quedó mirándola en silencio, sobrecogido.

La aparición vestía un traje sencillo, pero indudablemente de otra época. Llevaba el pelo suelto, una melena negra, larga y rebelde. Hubo un momento en que ella se volvió, y Lázaro pudo verle la cara por fin; se quedó sin respiración.

La chica tendría unos dieciséis o diecisiete años, pero su expresión de infinita tristeza no parecía propia de una joven de su edad. Sus ojos, grandes y oscuros, estaban húmedos y cercados por profundas ojeras. La extraordinaria palidez de su piel contrastaba vivamente con su largo pelo negro.

Lázaro sólo le había visto el rostro durante un breve instante, pero se sintió inmediatamente fascinado y conmovido a la vez. La joven parecía profundamente atormentada por alguna secreta tristeza, y Lázaro estuvo tentado por un momento de acercarse y preguntarle qué le ocurría. No lo hizo, pero no por miedo, sino porque no quería asustarla y que desapareciera en el aire.

Entonces, los hombros del fantasma se convulsionaron, y Lázaro supo que estaba llorando.

La vio caer de rodillas junto al estanque y agachar la cabeza, para luego alzar la mirada hacia las estrellas con un prolongado lamento.

De pronto, alguien lo agarró del brazo, y Lázaro soltó un grito.

—¡Eh, calla! —le dijo una voz conocida—. ¡Qué soy yo!

Junto a él estaba su prima Sara. Aún temblando, Lázaro miró de nuevo hacia el estanque, pero la muchacha de blanco se había esfumado.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó, de mal humor; estaba convencido de que Sara había asustado al fantasma.

—¿Cómo que qué hago? Pues te he visto hacer acrobacias sobre el árbol, como un mono, y te he seguido...

—Pues qué bien. Ahora estamos los dos atrapados.

Ante su sorpresa, Sara se rió de él, y Lázaro se sintió molesto.

—Y ahora, ¿qué pasa? No me digas que le vas a pedir amablemente al fantasma que nos abra la puerta principal.

—¿Qué fantasma...? ¡Ah, es otra de tus bromas macabras! Fermín me ha dicho que crees que todas las casas viejas están encantadas.

—Eso no es verdad —protestó Lázaro, mortificado—. Yo no he dicho eso. Sólo comenté que algunas casas viejas tienen fantasmas.

Pero decidió no volver a insistir sobre el tema. Era la historia de siempre. No podía hablar con nadie de cosas extraordinarias, porque se reían de él, y sobre todo allí, en el pueblo.

Pero era frustrante: Lázaro sabía positivamente que acababa de ver un fantasma, su primer fantasma, y no podía contárselo a nadie: nadie le creería.

—¿Me has seguido para cogermé? —le preguntó a su prima, recordando oportunamente que estaban jugando a policías y ladrones.

—No, yo soy caco, como tú. Pero los polis han cogido a todos los demás, y sólo quedamos nosotros dos. Hay que ir a buscarlos. Vamos, sígueme.

Lázaro obedeció, aunque en el fondo se resistía a abandonar aquel misterioso jardín y a su habitante incorpórea. Antes de alejarse, echó una última mirada al estanque, para ver si la veía por última vez.

Ni rastro de ella.

Tan sumido estaba en sus pensamientos que tardó un poco en darse cuenta de que Sara lo guiaba lejos del lugar por donde él había entrado.

—¡Eh, espera! ¿A dónde me llevas?

—Pues a la salida.

Lázaro miró hacia delante, pero sólo vio un enorme matorral que crecía junto al muro. Sin embargo, cuando iba a preguntar algo más, su prima lo agarró del brazo y tiró de él, internándose entre las hojas del arbusto.

Y, antes de que pudiera darse cuenta, Lázaro estaba en la calle, envuelto en un perfume aromático que en aquel momento no logró identificar.

—¿Cómo...? —empezó, pero Sara lo hizo callar, y le señaló la esquina. La voz de Fermín y el haz luminoso de una linterna indicaban que dos «polis» se acercaban a ellos.

Lázaro y Sara se internaron en silencio por las calles del pueblo, perdiéndose en

la oscuridad.

III

El sol de la mañana, que entraba a raudales en la habitación y le daba a Lázaro en plena cara, le obligó a taparse con la sábana mientras se despejaba un poco.

Bostezó y se frotó un ojo, estirando una mano para correr un poco la cortina.

La noche anterior habían vuelto a casa tarde, porque el juego se había prolongado hasta la madrugada. Lázaro no quería reconocerlo, pero el caso es que se lo había pasado mejor de lo que esperaba.

Había estado bien el experimento, pero aquella mañana tenía otras cosas en qué pensar.

Había soñado con ella, con la chica de blanco, con su rostro desesperado y sus lágrimas sobre sus pálidas mejillas, con su desordenada melena negra.

La había visto la noche anterior, en el jardín de la finca Valbuena, y sabía perfectamente que no se lo había imaginado. Había sufrido tantas decepciones que se tomaba sus precauciones antes de dar por cierto lo que en principio le parecía algo fuera de lo normal. Y en esta ocasión estaba completamente convencido de que lo que había visto era real.

¿Quién era la chica de blanco? O, mejor dicho, ¿quién había sido en vida? ¿Por qué parecía tan desgraciada?

Eran demasiadas preguntas sin respuesta.

Reflexionó un poco más, mientras se levantaba y se vestía. Ya estaba de vacaciones, y tenía todo el día libre. Podía intentar averiguar más cosas como, por ejemplo, cómo habían salido de la finca él y Sara la noche anterior.

Porque, si podía salir con tanta facilidad... probablemente podría también entrar sin problemas, siempre que quisiera.

Salió de su casa rápidamente, casi sin desayunar, y fue enseguida a llamar a la puerta de al lado.

Le abrió una mujer de unos cuarenta años, de cabello castaño recogido en una trenza, y mirada sagaz. Vestía una bata estampada, y una chanclas que dejaban ver las uñas de los pies, pintadas de color lila.

—Hola, tía Clara —saludó Lázaro.

—¿Buscas a Fermín? Está durmiendo aún.

—En realidad, no. —Lázaro cambiaba el peso de una pierna a otra, como le pasaba siempre que estaba nervioso—. Venía a ver a Sara.

—No ha acabado de desayunar.

—Da igual, esperaré.

—Bueno, pasa.

La tía Clara se hizo a un lado para dejarlo entrar, mientras lo observaba de arriba a abajo.

—Vas hecho un pordiosero, Lázaro...

Lázaro se miró a sí mismo: unos vaqueros desgastados y agujereados en las

rodillas, una camiseta de Expediente x y el pelo negro demasiado largo y casi sin peinar.

—Voy como siempre.

La tía Clara suspiró.

—No sé cómo tu madre te deja salir así a la calle. Desde luego, si por mí fuera...

La tía Clara siguió hablando. Lázaro había dejado de escucharla: siempre decía lo mismo, y siempre con buena intención. En el fondo Lázaro la quería mucho, aunque siempre quisiera opinar sobre su forma de ser y de comportarse. Su madre decía que eso era porque la tía Clara había tenido que criar a muchos hijos, y, para controlarlos a todos, se había vuelto algo mandona.

La tía Clara y la madre de Lázaro eran hermanas, pero eran muy diferentes.

Lázaro siguió avanzando por el pasillo, con su tía parloteando tras él. Finalmente llegó a la cocina, donde estaban desayunando Sara y otros tres primos más.

—¡Hola! —saludó Lázaro—. Sara, necesito hablar contigo.

—¡Qué modales! —protestó la tía Clara—. ¿No ves que tu prima no ha acabado de desayunar?

—Bueno, cuando acabes —añadió Lázaro rápidamente, encogiéndose de hombros.

La tía Clara le revolvió el pelo con la mano.

—¡En fin, qué le vamos a hacer! —dijo—. Te lo paso porque eres mi ahijado. Pero... ¡ay de ti si no te portas bien!

Lázaro le sonrió, y la tía Clara se fue, dejándolos solos.

Sara se terminó las tostadas, le limpió los mocos al más pequeño de la familia, recogió las cosas del desayuno y fue a cambiarse de ropa y a peinarse, apremiada por su primo.

Poco después, ambos paseaban por las calles del pueblo.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme? —preguntó ella, intrigada.

—Necesito saber cómo salimos anoche de la casa de los Valbuena.

Sara lo miró, sorprendida.

—¿Y para eso tantas prisas?

Lázaro no pensaba hablarle de la aparición vestida de blanco, así que tardó un poco en contestar.

—Quiero volver —dijo finalmente—. Me encanta esa casa, y me gustaría poder entrar en el jardín sin tener que trepar a los árboles.

—No puedo decírtelo. Si la gente entrara y saliera del recinto sin control, tanto la casa como el jardín terminarían por quedar hechos una pena.

—¡Pero yo no soy cualquiera! Prometo cuidarlo todo y no decir nada a nadie.

Sara seguía sin ceder. Lázaro le insistió, le rogó, le suplicó, pero ella continuó en sus trece: no le contaría cómo entrar en la casa de la calle de las Acacias. Si pretendía colarse de nuevo, Lázaro tendría que volver a jugársela trepando al árbol otra vez.

—No me des la lata, Lázaro —concluyó su prima—. No voy a dejarte entrar.

Sara dio media vuelta para marcharse. Lázaro se quedó mirándola. Tenía que pensar algo, y rápido.

—Por favor —dijo—. Es muy importante que vuelva ahí dentro. Se me cayó algo anoche... y, si mi madre se entera de que lo he perdido, me matará.

Sara se volvió para mirarle.

—No me tomes el pelo. ¿Te crees que soy tonta?

—No te estoy tomando el pelo.

Respiró hondo y vaciló, como si le costase hablar del tema. En realidad, cuando quería, era un magnífico actor.

—He perdido la medalla del abuelo —mintió.

Sara se sobresaltó, y lo miró, muy preocupada.

Aquella medalla era la joya más antigua de la familia. El abuelo de Lázaro y Sara la había heredado de su abuelo, y la había llevado encima hasta poco antes de su muerte; tenía cuatro hijos y quince nietos, pero, entre todos, había elegido a Lázaro para regalársela.

La realidad era que el chico nunca la llevaba puesta; pero sabía que, si Sara o cualquiera de sus hermanos hubiese heredado la medalla, la tía Clara no le habría dejado quitársela para nada.

Por eso, cuando Sara miró a Lázaro y vio que, efectivamente, no llevaba ninguna cadena al cuello, no se le ocurrió pensar que nunca se la ponía.

—Ostras, es verdad. ¿Seguro que la perdiste ahí dentro?

—Estoy casi convencido.

—¿Y por qué no lo habías dicho antes?

—Porque no quería que se lo dijeras a mi madre, o a la tía Clara.

Sara estaba muy nerviosa. Para ella, perder la medalla del abuelo era una de las peores cosas que se podían hacer. Su primo se había metido en un buen lío.

—De acuerdo —accedió—. Sígueme.

Lázaro obedeció, intentando fingir que estaba tan nervioso como ella. En realidad, la medalla del abuelo estaba bien guardada en el joyero de su madre, prácticamente desde el día en que Lázaro la había heredado, pero eso no tenía por qué saberlo Sara.

Juntos recorrieron el pueblo hasta la casa de los Valbuena. Por el camino, Sara no paraba de parlotear de manera parecida a como lo hacía la tía Clara.

—Mira que eres desastre, Lázaro. ¡Cómo se entere tu madre...! Pero ¿cómo se te ocurre?

—Eh, para ya. Ni que lo hubiese hecho a propósito.

Sara se detuvo frente al muro de la propiedad Valbuena, justo delante de una enorme mata de jazmín. Lázaro aspiró el aroma y lo reconoció entonces: aquél era el lugar por donde había salido del recinto la noche anterior.

Sara miró hacia todos lados y, tras comprobar que no se acercaba nadie, agarró a Lázaro de la mano y se metió en el jazmín, por un lugar donde las ramas se abrían un

poco. Detrás sólo estaba el muro, pero, mirando hacia la derecha, Lázaro descubrió que entre la planta y la pared había un hueco lo bastante ancho como para que una persona pudiese pasar. Sara se internó por él, y Lázaro la siguió. Recorrieron unos metros ocultos entre la pared y la mata de jazmín, hasta que Sara le indicó con un gesto una amplia grieta en el muro. Lázaro se coló por ella y fue a parar al arbusto que había atravesado la noche anterior para salir. Avanzó un poco más y se encontró en el jardín inglés.

Se dio la vuelta para mirar a Sara, que entraba tras él.

—Buen truco —comentó.

Ella asintió, sacudiéndose las hojas de los pantalones.

—El agujero no se ve desde fuera, porque lo tapa el jazmín —dijo—, pero tampoco desde dentro, porque está este matorral delante. Bueno —añadió, frunciendo el ceño—, empecemos a buscar.

Pronto estuvieron los dos inspeccionando el suelo por los senderos del jardín. Lázaro miraba de reojo el estanque y las zonas umbrías, pero no vio al fantasma de la chica de blanco por ninguna parte.

Una hora después, Sara sudaba a chorros y se había cansado de buscar la medalla del abuelo. Lázaro también sudaba, y, además, se aburría como una ostra. Había llegado a la conclusión de que debía volver de noche para ver de nuevo a la misteriosa aparición fantasmal. Y, ahora que sabía que podía entrar cuando quisiera, no tenía ningún interés en quedarse.

—Volvamos a casa —dijo.

Sara lo miró, dudosa.

—Quizá deberíamos mirar en el jardín francés.

—¿El jardín francés? —repitió Lázaro—. ¿Te refieres al delantero?

—Sí. Se llama así porque...

—Déjalo, déjalo, no me lo expliques. De todas formas, no vale la pena ir a buscar la medalla allí: anoche no lo pisé para nada.

—Entonces, ¿quieres que volvamos a casa ya? ¿Y qué vas a hacer sin la medalla del abuelo?

—La buscaré allí. Quizá se me cayera mientras dormía.

—La habrías visto al hacerte la cama esta mañana.

—No me he hecho la cama esta mañana.

Sara hizo una mueca de disgusto, y Lázaro sonrió para sí. Su prima era una chica inteligente, independiente, extrovertida, resuelta y activa, pero en muchos aspectos se notaba que era hija de tía Clara.

Logró convencerla de que abandonaran la búsqueda, y por la tarde pasó a decirle que había encontrado la medalla en el cuarto de baño, donde la había dejado al quitársela para ducharse.

—Entonces, ¿por qué no la llevas puesta?

—Para no perderla otra vez.

Sara le dirigió una mirada penetrante, y Lázaro supo que ella había adivinado que la había engañado.

Pero eso ahora no le importaba: ya había averiguado lo que quería.

Poco antes del anochecer estaba vagando de nuevo por el jardín inglés.

Todavía era de día, porque no había podido esperar más tiempo; y los minutos se le hacían eternos esperando el crepúsculo. Decidió entonces dar una vuelta por el jardín delantero.

Rodeó el edificio y encontró una arcada recortada en un altísimo seto. La cruzó; era la puerta que comunicaba los dos jardines.

Se quedó un rato caminando por entre los rosales y las estatuas, procurando no pasar cerca de la verja delantera, para que nadie lo viera desde la calle. Cuando le pareció que era casi de noche, dio media vuelta para regresar a la parte trasera de la casa.

Pero, de pronto, un sonido lo detuvo: una risa alegre, pura y cristalina. Parecía que venía del otro lado del seto, pero había también algo en ella, como un eco remoto, que daba la sensación de proceder de muy lejos, de otros lugares, otros tiempos.

El corazón del chico empezó a latir apresuradamente. ¿Quién más, aparte de él, podía estar en la casa? Con cautela, avanzó unos pasos. Una voz femenina cantaba una canción sin palabras, sencilla, feliz, casi infantil. Aún oculto tras el pie de una enorme estatua de mármol, Lázaro se asomó un poco... y se quedó de piedra.

Era la joven de blanco.

No cabía duda: los mismos rasgos hermosos, suaves y elegantes; los mismos ojos oscuros, la misma melena negra, la misma apariencia de inmaterialidad...

Pero se había operado en ella un cambio evidente: reía y cantaba mientras recorría el jardín con paso ligero, y su rostro irradiaba paz y felicidad. Llevaba el pelo recogido cuidadosamente tras la cabeza, y sus ojos brillaban de pura alegría.

Lázaro la vio alejarse, etérea, vaporosa, como una nube, y supo que no podía dejarla marchar. La siguió por el laberíntico jardín, entre la neblina del crepúsculo, bajo la atenta mirada de las estatuas de mármol. La siguió, estudiando con atención todos los movimientos de su figura incorpórea, sin acabar de creerse que estaba viendo un fantasma; pero, sobre todo, preguntándose quién era ella, o quién había sido.

—¡Espera! —la llamó, pero ella no pareció escucharle.

Lázaro notó que apretaba el paso, y se apresuró a seguirla para no perderla.

Pero, de pronto, la aparición giró un recodo... y desapareció entre la niebla.

Lázaro se quedó parado, desconcertado, mirando a todos lados. Ni rastro de la joven de blanco.

Respiró hondo y cerró los ojos. Se sentía... ¿cómo explicarlo? Intrigado por aquel misterio, pero también orgulloso de que su intuición acerca de la casa de la calle de las Acacias hubiera sido acertada... y, sobre todo, exultante de felicidad.

Había otra realidad. Sabía que no estaba loco, ni se lo había imaginado.

Un fantasma.

Lázaro se estremeció. Tenía la piel de gallina. El sol ya se había ocultado tras el horizonte, y ante él se alzaba la arcada que daba paso al jardín inglés.

IV

En los días siguientes, y aprovechando que ya estaba de vacaciones, Lázaro frecuentó la casa de los Valbuena todo lo que pudo. A veces tenía suerte, y a veces no. A veces veía al espíritu de blanco, y otras veces volvía a casa sin que ella se hubiese presentado. Y los días en que esto ocurría, se sentía solo, triste y vacío.

Había aprendido una cosa con respecto al fantasma de la finca Valbuena: si acudía a verla durante el día, sólo la encontraría en el jardín francés, alegre y feliz, cantando y riendo, y paseando entre los setos y las rosas. Si, por el contrario, visitaba la propiedad después de la puesta del sol, veía a la joven en el jardín inglés, caminando entre sombras y atormentada por alguna desgracia que Lázaro sólo podía tratar de adivinar. Durante el día, la aparición transmitía serenidad y ganas de vivir. Por la noche, su desesperación, sus lágrimas y sus lamentos dejaban a Lázaro con el corazón encogido.

Y era precisamente esta manifestación de ella la que más le atraía y le fascinaba; pero, como no siempre podía salir de casa después de cenar, también se dejaba caer a menudo durante el día por el jardín francés.

Ella nunca hablaba, ni parecía verle, ni oír sus llamadas. Y, según pasaban los días, Lázaro deseaba, cada vez más ardientemente, conocerla y saber quién había sido, y, sobre todo, qué le había sucedido, tan terrible como para transformarla de aquel modo.

No le había dicho nada a nadie, en primer lugar, por miedo a que los demás no le creyeran, y a que no vieran lo mismo que él cuando visitasen la finca Valbuena; y, en segundo lugar, porque le gustaba la idea de ser el único en conocer el secreto de la casa de la calle de las Acacias.

Una tarde, mientras iba hacia la casa, sumido en sus pensamientos, vio, pegado a una farola, un cartel que le llamó al atención:

**¿QUIERES CONOCER EL MUNDO DE
LO INVISIBLE? ¡VEN A VERME!**

**B. M. BOROVSKI. VIDENTE. MÉDIUM, TAROT,
RUNAS, NUMEROLOGÍA, ASTROLOGÍA, ALTA
MAGIA BLANCA.**

Según iba leyendo, Lázaro iba perdiendo el interés. Aquel anuncio parecía uno de tantos otros. Él creía en la auténtica magia, pero también estaba convencido de que la

gran mayoría de los videntes que se anunciaban en los periódicos y la televisión eran sólo unos charlatanes.

Movió la cabeza y siguió andando. Pero en la siguiente farola encontró otro anuncio:

¡NO ME IGNORES!
PUEDO SER TU CONTACTO CON EL MÁS ALLÁ.
NO DEJES PASAR ESTA OPORTUNIDAD.
B. M. BOROVSKI. VIDENTE. MÉDIUM.

Lázaro se sonrió un poco, a su pesar, y siguió andando. El anuncio de la tercera farola tenía las letras más grandes:

¡¡¡NO PASES DE LARGO!!!
SI ALGÚN DÍA ME NECESITAS,
PUEDE QUE NO VUELVAS A
ENCONTRAR ESTE ANUNCIO.
¡APÚNTATE MI NÚMERO!
B. M. BOROVSKI. VIDENTE. MÉDIUM.

Lázaro estuvo tentado de sacar papel y boli para apuntarse los datos de B. M. Borovski, que aparecían bajo su nombre. Pero sacudió la cabeza y siguió andando.

La cuarta farola ya no tenía cartel, y Lázaro se sintió extrañamente aliviado. Pero, al seguir caminando calle abajo, se topó de narices con el siguiente mensaje en la quinta farola:

¿CREÍAS QUE TE HABÍAS LIBRADO
DE MÍ?

¡EL MÁS ALLÁ TAMBIÉN PUEDE
SORPRENDERTE!

¡TU FUTURO TAMBIÉN ES
IMPREVISIBLE!

¡¡¡LLÁMAME!!!!

B. M. BOROVSKI.

—Qué pesada es esta señora —comentó Lázaro a media voz.

Miró más allá, y vio que en la siguiente farola había otro cartel, pero era el último. Se acercó a él:

¡HOLA DE NUEVO!

MIRA QUÉ FÁCIL ES ACUDIR A MI CONSULTA:

¡YA ESTÁS EN LA PUERTA!

B. M. BOROVSKI.

Lázaro dio un respingo y miró en la dirección que señalaba la flecha.

Era el portal de una casa vieja. Junto a la puerta había otra flecha señalando hacia arriba, y Lázaro vio otro cartel, sobre la ventana del primer piso:

B. M. BOROVSKI.

VIDENTE. MÉDIUM.

**TAROT, RUNAS, NUMEROLOGÍA, ASTROLOGÍA,
ALTA MAGIA BLANCA.**

**(SI HAS LLEGADO HASTA AQUÍ, NO CUESTA
NADA SUBIR UN PISO, ¿VERDAD?).**

Lázaro se rascó la cabeza, pensativo. Era la médium más original que había conocido nunca, y eso que aún no la conocía.

—Está bien, me has convencido —gruñó.

Sin pensarlo más, entró en el portal y subió los escalones de dos en dos, hasta quedar frente a una puerta con un sencillo rótulo:

B. M. BOROVSKI.

Lázaro dudó un momento antes de llamar. Dado el talante de la señora Borovski, quizá le diera un calambre en el dedo si apretaba el timbre.

Finalmente, llamó. Un timbre chillón se oyó al otro lado de la puerta. Sonaba como si le estuvieran arrancando las tripas a un gato.

Lázaro esperó un buen rato. Cuando ya iba a marcharse, la puerta se abrió, y salió de la casa un joven larguirucho, de mirada melancólica. Lucía un fino bigote y no parecía muy seguro de sí mismo. Parpadeó varias veces antes de decir:

—¡Ca-caramba! Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió Lázaro—. ¿Está la señora Borovski?

—¿La-la se-señora Borovski? —tartamudeó el joven, extrañado.

—Sí. ¿No vive aquí? Lo pone en la puerta.

El joven le miró fijamente durante un momento. Le temblaba el labio inferior, y Lázaro se dio cuenta de que acababa de decir algo inconveniente, aunque no entendía por qué. La tía Clara siempre le decía que era muy bruto hablando, pero, la mayoría de las veces, Lázaro no era consciente de ello.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó—. ¿Qué he dicho?

El joven sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la tendió.

Lázaro leyó:

BRUNO MANUEL BOROVSKI.

VIDENTE. MÉDIUM.

**TAROT, RUNAS, NUMEROLOGÍA, ASTROLOGÍA,
ALTA MAGIA BLANCA.**

—Ah... oh —fue todo lo que pudo decir Lázaro.

—¿Quieres una consulta o has venido a reírte de mí? —cortó Borovski.

—No, yo... quiero una consulta.

—Entonces, pasa.

Lázaro siguió a Borovski hasta el interior de una habitación pequeña, sin adornos. En el centro había una mesa-camilla, cubierta por un mantel de terciopelo azul. Sobre la mesa, una baraja de cartas del tarot y dos o tres saquillos cerrados.

—Es sencillo —dijo Borovski, al advertir la mirada de Lázaro—. No necesito nada más.

Le indicó una silla, y el chico se sentó. Borovski tomó asiento frente a él.

—No tengo mucho dinero —confesó Lázaro, titubeante; aún se le hacía extraño pensar que el tipo de los carteles y aquel joven arisco y nervioso fueran la misma persona.

Borovski asintió, ceñudo.

—Lo suponía. No importa; dime lo que quieres y yo te daré mi tarifa. Si tienes bastante, seguimos. Si no, vuelve otro día.

A Lázaro le pareció bastante razonable, y asintió a su vez. Vaciló un momento antes de decir:

—He visto un fantasma.

Borovski parpadeó, sorprendido.

—Ca-caramba —dijo—. No es el tipo de consultas que suelo recibir.

—¿No me cree?

—No lo sé. Cuéntame tu caso, y veré si sigo escuchándote. ¿Quieres librarte de él? Porque, entonces, yo...

—No, no —cortó Lázaro—. Sólo quiero hablar con ella. Saber quién es... o quién fue.

—Ella —repitió Borovski, pensativo, pero con un brillo divertido en la mirada—. Cuéntamelo.

Lázaro refirió todo lo que había visto en la finca Valbuena desde la primera vez que viera a la chica de blanco. Al principio titubeaba, inseguro, pero, según fue avanzando en el relato, olvidó sus reticencias, para hablar con verdadera pasión del fantasma de la casa de la calle de las Acacias. Borovski le escuchaba con atención, sin interrumpirle. Sin embargo, cuando Lázaro empezó a contar que también había visto a la chica de día, su labio inferior volvió a temblar otra vez. Y, cuando el chico terminó su historia y miró al médium, le sorprendió ver que le observaba casi con odio.

—¡¡¡Fuera de aquí!!! —chilló Borovski, y Lázaro dio un salto en la silla.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he dicho esta vez?

—¡Largo de aquí! ¿Crees que no me he dado cuenta de que has venido a reírte de mí? ¡No soy estúpido!

—Pero yo...

—¡He dicho que fuera!

Lázaro se levantó, aún confuso.

—¡He dicho la verdad!

—¡Ningún fantasma se pasea de noche y de día!

Lázaro abrió la boca para protestar, pero Borovski ya le empujaba hacia la puerta.

—¡Yo sé lo que he visto! —dijo, muy ofendido.

Borovski le cerró la puerta en las narices.

Lázaro se alejó de allí, muy confundido. Le dio vueltas al asunto mientras caminaba hacia la finca Valbuena, y llegó a la conclusión de que el excéntrico Borovski estaba algo paranoico, y que era mejor no volver por allí.

Encontró al fantasma de blanco correteando alegremente por el jardín, y la siguió hasta que se puso el sol.

Entonces, como de costumbre, la perdió en el laberinto de setos, y se encontró, de nuevo, ante la arcada que daba paso al jardín trasero.

La atravesó, pensativo.

Sabía que, en cuanto se hiciera de noche, volvería a ver a la aparición, con el cabello suelto, atormentada y bañada en lágrimas, vagando junto al estanque.

V

Lázaro no tardó en buscarse otras fuentes de información. Rondó a su prima durante un tiempo, sin atreverse a preguntarle. Sara pronto había averiguado, preguntando a la madre de Lázaro, que éste nunca llevaba puesta la medalla, y supo así, por tanto, que él la había engañado para entrar en la casa. Ahora no le dirigía la palabra.

Lázaro le pidió a su primo Fermín que hablase con ella, pero las noticias del chico no fueron nada alentadoras:

—No quiere ni verte, macho. ¿Qué le has hecho?

Lázaro no se resignó. Un día la vio sentada en la plaza, leyendo un libro, y se le acercó, como quien no quiere la cosa.

—Hola.

Sara respondió con un gruñido. Lázaro hizo de tripas corazón y añadió:

—He venido a pedirte perdón.

Sara le dirigió una breve mirada.

Lázaro inspiró profundamente. Lo que iba a hacer podría traerle muy malas consecuencias, pero era la única manera de que Sara confiase en él y aceptase ayudarlo. Se sentó junto a ella.

—Tengo que contarte algo —empezó—. Probablemente pienses que te estoy mintiendo o, peor aún, que estoy más loco que una cabra. Me da igual, correré el riesgo.

Sara no dijo nada.

Lázaro le contó la misma historia que le había relatado a Bruno Borovski, y que había hecho que éste le echara de su casa con cajas destempladas; pero esta vez, según hablaba, estudiaba con prudencia las reacciones de su prima, que no movía un músculo.

Cuando acabó de hablar, la miró, expectante. Ella tardó un poco en decir algo.

—Fermín tiene razón —comentó—. Estás como una chota. No me extraña que Borovski pensara que le estabas tomando el pelo.

—¿Me ayudarás?

—Claro. Le aconsejaré a tu madre que busque un buen psiquiatra. Mi padre conoce uno que...

—Eh, eh, no te pases —protestó Lázaro, dolido; sin embargo, tenía que reconocer que se lo había ganado a pulso—. Sabes que, aunque me interesa lo paranormal y lo sobrenatural, nunca os he dicho que haya visto ovnis, ni fantasmas, ni nada por el estilo.

—Claro, porque no existen.

Lázaro no pensaba meterse ahora en discusiones sobre lo que existía y lo que no. Había aprendido que más valía convencer a los escépticos con pruebas; Sara era muy, muy escéptica, y él aún no tenía pruebas de ninguna clase.

—Necesito saber quién es ella, Sara —suplicó.

—Primero buscas medallas y luego fantasmas. —Sara saboreaba su venganza—. ¿Qué será lo próximo? ¿El monstruo del lago Ness?

Lázaro suspiró.

—No me crees.

—¿Cómo voy a creerte?

—Bueno, te propongo una cosa, entonces. Míralo de esta manera: tú enfocas tu reportaje sobre la casa desde el punto de vista de los que vivieron en ella, y me enseñas lo que hayas averiguado.

—¡Qué morro! Trabaja tú: mi reportaje ya está casi acabado, y la biblioteca pública está abierta para todos.

—Pero es que yo no sabría por dónde empezar...

—Pues aprendes.

Lázaro abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de que no podía decir nada: Sara tenía razón.

—De acuerdo —gruñó—. Ya me buscaré la vida yo solo.

Se levantó para marcharse, pero dudó un momento, y se volvió de nuevo hacia Sara.

—Hazme al menos un favor: no le cuentes a nadie nada de todo esto, ¿quieres?

—Descuida.

Lázaro cogió su mochila, se despidió de su prima y echó a andar, sin mirar atrás.

Sara lo vio marchar. Cuando Lázaro desapareció de su vista, suspiró, movió la cabeza y murmuró:

—Sí que es raro este chico.

Trató de concentrarse de nuevo en su libro, pero no lo consiguió. Después de intentar varias veces acabar la página, sin éxito, cerró el libro y se levantó de un salto.

Apenas diez minutos más tarde estaba en la biblioteca.

El bibliotecario estaba sentado tras el mostrador, haciendo jeroglíficos con gesto aburrido.

No había nadie más.

—Buenas tardes, señor Isidro —saludó Sara.

—¡Ah! —El bibliotecario se ajustó las gafas—. Hola, Sara. ¿Ya vienes a devolver los libros, tan pronto?

—No; vengo por lo del reportaje, otra vez.

—Pero ya te dije que, aparte de ese libro sobre los edificios antiguos de la comarca, no tengo nada más...

—No, no busco libros; ya tengo cubierto el apartado de arquitectura, historia y descripción de la casa. —Sara vaciló un momento—. Sólo me preguntaba... si tiene usted aquí periódicos antiguos, del siglo pasado.

El bibliotecario se la quedó mirando, cogido por sorpresa.

—Bueno... algo hay. Pero hace tiempo que nadie entra en la hemeroteca. Sígueme.

La hemeroteca era una habitación fresca y oscura donde se guardaban cientos y cientos de diarios antiguos.

—Aquí sólo entra la señora de la limpieza, dos veces por semana —explicó el señor Isidro—, para cambiar unos cacharros que deja ella en la habitación, que se comen la humedad.

Sara notó que, efectivamente, el ambiente era fresco, pero seco. El bibliotecario encendió la luz. El resplandor amarillento de una única bombilla, de poca potencia, bañó la habitación.

—Bueno —dijo el señor Isidro—. ¿Qué buscas exactamente? Te advierto que periódicos nacionales tenemos más bien pocos.

—No. Busco algún periódico local. Es para conseguir datos sobre los que vivieron en la casa.

—Hmmm... Mira, en 1833 se fundó un periódico en el pueblo, a la muerte de Fernando VII. Se llamaba «La Gaceta Liberal», y sobrevivió siete años, nada más. Pero tenemos todos sus números.

Sara suspiró, decepcionada.

—La casa se construyó en 1806. ¿No tiene nada entre esa fecha y 1833?

El señor Isidro se rascó la cabeza.

—Bueno —farfulló—. Quizá encuentre algunas revistas por ahí, no sé.

—Mientras tanto —añadió Sara rápidamente, advirtiendo la mirada desilusionada del bibliotecario—, empezaré con «La Gaceta Liberal». No es un mal comienzo.

El señor Isidro sacó siete tomos de la estantería.

—Los encuadernaron porque estaban algo estropeados —le explicó—. En teoría, se necesita un permiso especial del ayuntamiento, porque son antiguos, pero... bueno, yo sé que tú cuidas los libros y conoces el valor de las cosas.

Sara le dirigió una mirada agradecida. Al señor Isidro le encantaban los libros, pero en su biblioteca casi siempre estaba sólo él.

—La gente debería leer más —dijo la chica—. No saben lo que se pierden.

El bibliotecario asintió, con un suspiro pesaroso.

Sara se sentó en la sala de lectura, con los siete tomos de «La Gaceta Liberal» sobre la mesa. Con mucho cuidado, abrió el primero y le echó un vistazo.

Pronto advirtió que los periódicos eran muy breves: una o dos hojas, todo lo más. Además, había muy pocos titulares, y los que había eran tan escuetos que, de todas formas, Sara tenía que leerse el artículo entero para enterarse de qué trataba.

Suspiró y comenzó a trabajar:

«ARTÍCULO DE OFICIO: S. M. la REINA, nuestra señora, su augusta madre la REINA gobernadora y la Serenísima Señora Infanta María Luisa continúan sin novedad en su importante salud en el Real Sitio del Pardo».

Sara pasó a otra cosa:

«Sabemos positivamente que en Peralta, cerca de Tudela, se han presentado 16 facciosos armados y se han alistado en las filas de los urbanos de aquella villa».

«París. La Reina de Portugal ha declarado, según se dice, que quería cumplir la voluntad de su padre y elegir un esposo. El pudor natural en su edad no le permitía añadir que lo haría con placer; pero su afecto por el hermano de la emperatriz no es un secreto».

—¡Vaya! —dijo Sara, sorprendida—. ¡Ya había noticias del corazón en aquella época!

Siguió leyendo, por encima, noticias sobre los movimientos de diversos generales en una guerra, que ella supuso sería la primera guerra carlista (había tenido que leer sobre el tema para documentar su reportaje), distintos anuncios de leyes... pasó directamente a una sección de anuncios breves:

«En la calle del Pollo, número 7, vive un sujeto que quita todo tipo de manchas».

«Un joven de 26 años de edad, que sabe escribir y cuentas, desea su colocación en una casa decente para todo lo que se le mande».

Sara suspiró de nuevo. Iba a ser una tarde muy, muy larga.

Un par de horas más tarde le dolía ya la cabeza. Había examinado, así por encima, los dos primeros tomos, sin encontrar ninguna referencia a la familia Valbuena. Por si fuera poco, cada vez que levantaba la cabeza veía que el montón de documentación que le sacaba el señor Isidro se hacía más y más alto. El bibliotecario, con el deseo de ser útil, le estaba buscando todo lo que llevara fecha de 1800 en adelante, hasta 1900. Aquello incluía no sólo periódicos y semanarios, sino también cosas tales como programas de teatro, panfletos, documentos legales y cartas personales.

Sara estaba empezando a pensar que tenía que haber dejado que Lázaro se las arreglase solo. «Lo hago por mi reportaje», se repitió a sí misma, una vez más. Había estado a punto de dejarlo en más de una ocasión, pero le entraban remordimientos sólo de pensar en la cara que pondría el bibliotecario si le decía que lo guardase todo.

Así que siguió, no sin antes pedirle al señor Isidro que, por el momento, no le sacara más cosas. El hombre asintió, pero Sara se dio cuenta de que estaba deseoso de seguir enseñándole los tesoros que contenía su pequeña biblioteca de pueblo.

También Sara estaba sorprendida, pero, por el momento, tenía más que suficiente.

En el tercer tomo, que correspondía a 1835, encontró la primera referencia a un

Valbuena:

«GENEROSA DONACIÓN: El señor don Valeriano Valbuena, distinguido habitante de esta villa, ha donado una importante cantidad al nuevo hospital de la comarca».

Sara leyó el resto de la noticia con interés. Explicaba que, tras el fallecimiento de su esposa, siete años atrás, tras una larga enfermedad, el acaudalado señor Valbuena era muy sensible a la muerte, y había contribuido a menudo a la construcción de asilos y hospitales por toda la región.

Sara lo apuntó en un papel: *«VALERIANO VALBUENA: en 1828 muere su esposa».*

Siguió buscando, cada vez más interesada.

«ESTADO SANITARIO DEL REINO: En la provincia de Cuenca: el siete del corriente en dicha provincia iban desapareciendo los efectos del cólera morbo y había esperanzas de verse pronto libres de la plaga. En la de Navarra: desde el día 28 fallecieron en Pamplona 34 personas, curaron 128 y quedaban enfermas 327. En la de Huesca...».

Sara pasó a otra cosa:

«Ha sido preso en Burgos un sujeto que inspiraba las más vehementes sospechas, y que confesó no llamarse N. Angulo, ni ser paisano, como expresaba su pasaporte, sino N. Cantero, y que...».

Sara se saltó el resto, y los artículos que seguían, todo noticias sobre la guerra. Pasó un buen rato antes de que encontrara una nueva referencia a los Valbuena. La encontró al final del tercer tomo, y la leyó, sobrecogida:

«Con mucha satisfacción nuestra anunciamos que el Sr. D. Valeriano Valbuena, después del accidente que le puso al borde del sepulcro, empieza a recobrase, aunque lentamente, y a dar esperanzas de su restablecimiento a familia y amigos. Por desgracia, su médico afirma que, a sus 62 años, ya nunca podrá volver a caminar».

El texto seguía hablando del señor Valeriano Valbuena, uno de los hombres más pudientes de la comarca: en 1806 su joven esposa había contraído una grave enfermedad (el diario no especificaba cuál), y los médicos le habían aconsejado que

cambiara de aires y fuera a vivir al campo. Por tanto, Valeriano Valbuena se había hecho construir una preciosa casa en aquel pueblo, y había vivido en ella hasta 1823, fecha del regreso a España de Fernando VII. El señor Valbuena, hombre abierto y con visión de futuro, había luchado por los ideales de los liberales, y, al volver al trono el rey conservador, no había tenido más remedio que marchar al exilio, como otros tantos españoles. A su regreso, en 1833, su familia tenía un miembro menos: de constitución frágil, su mujer había fallecido en Londres. Pero, aun así, Valeriano Valbuena había decidido quedarse en el pueblo, para lo cual tuvo que reformar la casa, que llevaba diez años abandonada.

Sara cotejó las fechas que tenía. Coincidían: construcción de la casa, 1806. Reformas, 1833. Ahora sabía por qué su propietario había tenido que hacer obras.

—Aprovechó para construir el jardín trasero —murmuró.

Siguió leyendo el artículo, que lamentaba la mala suerte del señor Valbuena.

«Un ciudadano ejemplar que ha contribuido en numerosas ocasiones a mejorar las condiciones de nuestra hermosa villa, haciéndola más moderna y europea cada día; es digno del mayor elogio el noble entusiasmo que ha demostrado siempre...».

Sara se saltó las líneas siguientes.

Sólo cuando había terminado de copiar la información, recordó la petición de su primo.

Repasó los datos que ya tenía, y no encontró nada que concordase con la historia de Lázaro.

Decidió, entonces, terminar con «La Gaceta Liberal». Si no encontraba ninguna alusión a una chica joven muerta en la casa Valbuena...

Sara sacudió la cabeza. ¿Qué iba a hacer entonces? Decirle a Lázaro que no había nada sería como admitir que se había tragado su historia... es decir, otra tomadura de pelo.

—Más me vale encontrar a la chica —murmuró para sí misma—, o habré hecho el ridículo otra vez.

Volvió a la biblioteca después de comer, para seguir con su búsqueda, y descubrió que, entre tanto, el señor Isidro había sacado más papeles, documentos, revistas y panfletos. Cogió uno de ellos, al azar:

«Soldados: vais a emprender vuestra marcha a las Castillas, Nuestra inocente reina Isabel II os llama. Tenéis valor y subordinación, y sumisos siempre a la voz de vuestros jefes, podéis estar seguros de vuestra victoria...».

Sara sacó otro folleto, y leyó el título:

«*ECONOMÍA RURAL: Cultura y prácticas de la Francia. Extracción del aceite de las olivas*».

—Señor Isidro...

—¿Verdad que con lo que hay aquí se podrían escribir varias tesis doctorales? — la cortó el buen hombre, radiante.

—Bien, sí, pero... esto es sólo un reportaje de cuatro páginas para la revista del instituto, no una tesis doctoral.

—¡Ah!

El bibliotecario parecía desilusionado, y Sara se sintió fatal. Se apresuró a decirle:

—Pero es increíble todo lo que ha encontrado usted. ¿Cómo es posible que haya tanta documentación en una biblioteca tan pequeña?

—Viene de los archivos del Casino. ¿Sabes lo que era el Casino?

Sara negó con la cabeza.

—En el siglo XIX, los hombres que no tenían otra cosa que hacer iban al Casino todas las tardes...

—¿A jugar a las cartas?

—Bueno, no sólo a eso. Leían el periódico, tomaban una copa... pero, sobre todo, hablaban, hablaban mucho.

—¿De qué?

—Fundamentalmente, de política. Entonces no existía el fútbol —añadió el señor Isidro, guiñando un ojo—. El Casino del pueblo fue demolido hace treinta años, para hacer un cine. Todos los periódicos y papeles que quedaban allí pasaron a la biblioteca.

Sara asintió, sorprendida de que hubiese un lugar de reunión social donde guardasen periódicos a lo largo de más de cien años.

Siguió con su búsqueda, y comenzó con el cuarto tomo de «La Gaceta Liberal», el correspondiente a 1836.

«*En Toledo un joven bien vestido se ahorcó ayer en camisa. Su muerte se atribuye a un suicidio*».

«*El rebelde Zumalacárregui ha anunciado una guerra de exterminio*».

«*PRONÓSTICO: Se nos anuncia que este invierno será especialmente frío. Apóyase tal pronóstico en las observaciones...*».

Al cabo de un buen rato de leer todo tipo de noticias, sin sacar nada en claro, se topó con el siguiente párrafo:

«Ayer contrajeron matrimonio, en la iglesia parroquial de Santa Mónica, el Sr Adolfo Heredia, redactor de este periódico, y la señorita Elisa Valbuena. La ceremonia fue muy emotiva, y a ella asistió buena parte de la población de nuestra villa, como correspondía a tan especial acontecimiento. La novia estaba radiante, y el padre, el muy respetable señor Valeriano Valbuena, expresó su satisfacción y felicidad por el enlace. Desde aquí les hacemos llegar nuestra más sincera enhorabuena».

Sara lo leyó de nuevo: *«La señorita Elisa Valbuena»...*

—Vaya —murmuró—. Tenía una hija. Pero eso no demuestra nada.

Apuntó el dato y siguió buscando.

Casi al final del cuarto tomo de «La Gaceta Liberal» encontró un pequeño párrafo que le heló la sangre. Lo leyó varias veces, sin acabar de creérselo.

Era una esquela.

«NECROLOGÍA: El día 23 del actual falleció en esta villa la señorita Elisa Valbuena del Castillo, de 17 años de edad. Su médico atribuye su muerte a un enfriamiento, tan traicioneros en esta época del año. Todos lamentamos su pérdida y ofrecemos nuestras más sinceras condolencias a los familiares y amigos de esta bella y virtuosa jovencita. Descanse en paz».

—Oh, Dios mío —musitó Sara, y sintió que se le ponía la piel de gallina—. La he encontrado.

VI

Sara volvió a casa con una fotocopia de la esquila, que el señor Isidro le había hecho personalmente, con todo cuidado, para que no se estropearan las páginas centenarias de «La Gaceta Liberal».

No volvió a aparecer por la biblioteca en dos o tres días, y tardó bastante en contarle a Lázaro su descubrimiento. Ella y sus hermanos se habían burlado a menudo de su primo, por andar buscando cosas que no existían, pero tenía que reconocer que, aunque Lázaro creía firmemente que había otra realidad, siempre había admitido que él no la había visto aún. ¿Por qué afirmar ahora de forma tan tajante que había visto un fantasma? Podía estar tomándole el pelo, pero Sara sospechaba que no. Ésta vez, no. ¿Y si la historia de su primo era cierta? Sara no quería ni pensarlo.

—Aquí la tienes —dijo solamente cuando por fin se acercó a él para darle la fotocopia—. Elisa Valbuena del Castillo.

Lázaro no pudo decir nada durante un momento. Para cuando fue a darle las gracias, ella ya le había dado la espalda y se alejaba calle abajo.

Los días veraniegos pasaban, sin prisas, y Lázaro siguió frecuentando la finca Valbuena.

Persiguió a la aparición por los jardines, llamándola «Elisa», pero ella seguía sin responderle.

Lázaro se sentaba en un rincón y la miraba mientras ella paseaba, cantando de día por el jardín francés, o sollozando de noche por el jardín inglés.

Sara olvidó el asunto, hasta la siguiente reunión que tuvo con sus compañeros de la revista del instituto, a mediados de mes. Les enseñó lo que tenía, y les contó la historia de la familia Valbuena. Ellos se mostraron entusiasmados, y le pidieron que siguiera investigando, y reconstruyendo su historia hasta la actualidad.

Ella palideció.

—Pero es que es un trabajo pesadísimo... —protestó.

—Bueno, pero aún quedan casi dos meses para que salga el próximo número de la revista —le replicó uno de sus compañeros—. Tienes tiempo de sobra para tomártelo con calma, si quieres.

—No me caben tantas cosas, sólo tengo cuatro páginas.

—Pues tendrás ocho.

Sara se fue a su casa, un poco mosqueada. Reconocía que la culpa había sido suya, por meterse en aquellas cosas; ahora, no podía dejar el trabajo a mitad.

Sin embargo, estaba algo preocupada: «*La Gaceta Liberal*» sólo llegaba hasta 1840. Para los más de ciento cincuenta años que quedaban, tendría que atreverse a buscar en la montaña de documentación que le había preparado el señor Isidro.

Pero, decidió, esta vez no pensaba hacerlo sola.

Después de comer fue a llamar a la casa de al lado. Le abrió la madre de Lázaro.

—¡Hola, Sara!

—Hola, tía Isabel. ¿Está Lázaro?

—Pues no, ha salido. No me ha dicho a dónde.

Sara se imaginaba perfectamente dónde estaba su primo, pero no tenía tiempo ni ganas de ir a buscarlo.

—¿Puedo dejarle una nota?

—Claro.

Sara arrancó una hoja de su cuaderno y escribió rápidamente: «FAVOR POR FAVOR. ESTOY EN LA BIBLIOTECA. VEN EN CUANTO PUEDAS. SARA».

Le dejó la nota a la madre de Lázaro, se despidió de ella y se alejó en dirección a la biblioteca.

El señor Isidro la recibió con una amplia sonrisa.

—¡Buenas tardes! Hacía tiempo que no venías.

—Sí, es que he estado algo liada. ¿Ha guardado ya...?

—No, lo he dejado todo aparte, esperando a que volvieras.

Sara no sabía si alegrarse o lamentarlo. Minutos después estaba examinando de nuevo los tomos de «La Gaceta Liberal». Comenzaba por el quinto, que correspondía a 1837. Pasaba las páginas con cuidado de no estropearlas, pero leyéndolas por encima.

«Ha sido nombrada camarera mayor de S. M. la Reina la Sra. Marquesa de Santa Cruz».

«TEATRO: Hoy se ejecutará la comedia en tres actos, de grande espectáculo, Pólder o el verdugo de Amsterdam».

«Acaba de inventarse en Leypsick un Psicómetro, que señala los grados de las pasiones del ánimo y del corazón».

—¡Qué curioso! —comentó Sara, y siguió buscando.

«La diligencia que llegó de Valladolid el día 6 por la noche fue detenida por 40 hombres que robaron a los pasajeros...».

«CORREDURÍA DE CASAMIENTOS: un joven de 21 años, alegre, vivo, semblante expresivo; nada posee, y busca novia bonita, joven, virtuosa y rica que le mantenga».

—¡Qué morro! —dijo Sara.

Dio la vuelta a la hoja, sorprendida de que ya hubiese en el siglo XIX algo

parecido a una agencia matrimonial en «*La Gaceta Liberal*».

«REAL LOTERÍA PRIMITIVA: En la extracción celebrada en este día han sido agraciados los números 67, 38, 7, 47 y 42».

«SUICIDIO: Hoy hemos de lamentar en nuestra tranquila villa un episodio oscuro: la señorita Elvira Valbuena, de diecisiete años...».

Sara parpadeó y miró otra vez antes de seguir leyendo. No, no se había equivocado: Elvira Valbuena. Con el corazón latándole con fuerza, leyó el artículo completo:

“SUICIDIO: Hoy hemos de lamentar en nuestra tranquila villa un episodio oscuro: la señorita Elvira Valbuena, de diecisiete años, hija de nuestro buen vecino, don Valeriano Valbuena, se suicidó la otra noche, arrojándose a las aguas del estanque que hay detrás de su casa.

Tras esta terrible desgracia hay, sin embargo, una desagradable verdad: todos conocíamos a la señorita Valbuena, y sabíamos cuánto la había afectado la lectura de los autores llamados románticos: Goethe, Byron, Hugo... que escriben insensateces sobre amores imposibles y desgraciados, que reúnen a los enamorados en lugares tan impropios como celdas, monasterios, cementerios o bosques lúgubres, tétricos, fúnebres y oscuros, en noches tan tormentosas como sus sentimientos. En estas obras, los amantes mueren: o los matan o se suicidan por amor.

Desgraciadamente, esta moda ha alcanzado a nuestra España: la trajeron consigo los españoles que volvieron del exilio, hace tres años, y, en tan poco tiempo, ya proliferan poemas, novelas y obras de teatro de esta calaña.

Y ahora, ¡ay de nosotros!, por culpa de estos mal llamados escritores, nuestros jóvenes abandonan su sana alegría y se vuelven pálidos, delgados y suspirosos, soñando con amores imposibles y desgarrados, de una forma insana y enfermiza.

Todos sabemos que la señorita Valbuena había vivido recientemente una serie de tragedias: la muerte de su madre, la invalidez de su padre, el fallecimiento de su hermana, la señorita Elisa Valbuena...”.

Sara dejó de leer bruscamente. Había entendido el artículo a medias, pero ya tenía un dato clave. Escribió en su libreta:

“ELISA VALBUENA (casada): 17 años. Murió en noviembre de 1836.

ELVIRA VALBUENA: 17 años. Murió en febrero de 1837. Suicidio.”

—¡Gemelas! —musitó.

De pronto, sintió que alguien colocaba la mano sobre su hombro, y se sobresaltó. Tras ella estaba Lázaro, que la miraba con curiosidad.

—Parece que hayas visto un fantasma —comentó él—. Mi madre me ha dado tu nota. ¿En qué quieres que te ayude?

Aún temblando, Sara le contó lo de su reportaje, y le explicó que era mucho trabajo, y que necesitaba que le echara una mano. Le enseñó los tomos de «*La Gaceta Liberal*».

—¿De aquí sacaste la esquila de Elisa?

—Y mucho más. Lee esto, y cuidadito con estropearlo. Éstas páginas tienen casi ciento setenta años.

Lázaro obedeció. Según avanzaba en la lectura, su rostro iba adoptando una cierta expresión de perplejidad.

—No he entendido gran cosa —confesó—. A ver, esa chica, Elvira Valbuena, era hermana de Elisa, y se suicidó...

—Las dos tenían diecisiete años —cortó Sara.

—¿Quieres decir...?

—¿No es evidente? ¡Eran gemelas!

Lázaro dio un bote en el asiento.

—¡Madre mía! —gritó—. ¡Eso es!

—¡¡¡Sssssshhhh...!!! —les recriminó un hombre que leía el periódico en un rincón de la biblioteca.

—Eso lo explica todo —prosiguió Lázaro, bajando la voz—. Lo que me dijo Borovski... que los fantasmas se pasean de día o de noche... ¡es lo que hace mi fantasma, porque no es uno, son dos! ¡Dos gemelas! Por eso son tan iguales y tan diferentes.

—¿Elisa y Elvira, quieres decir? ¿Y quién es quién?

—Bueno... —Lázaro titubeó—. En el artículo del suicidio de Elvira no hablan muy bien de ella. La presentan como una loca, una alucinada o algo así... ¿Quién ha escrito esto?

—No sé, un tal «Ofioda». Mira que tenían nombres raros estos tipos, ¿eh?

—Pues habla de Elvira como un nuevo Don Quijote, pero en chica.

—¿Crees que ella es el fantasma que llora de noche?

Lázaro se levantó de un salto, temblando de excitación.

—¡Eh! —protestó Sara—. ¿A dónde vas?

—¡A hablar con Borovski!

—¡No, ni hablar! —Sara lo obligó a sentarse de nuevo—. Tú te quedas aquí. Tienes que ayudarme con mi reportaje.

Lázaro, de mala gana, cogió el sexto tomo.

—¿Habéis encontrado algo interesante? —dijo entonces la voz del bibliotecario, muy cerca de ellos.

Sara le enseñó el artículo, y le explicó que buscaban pistas sobre la gente que había vivido en la propiedad Valbuena.

—No entendemos muy bien esto de la moda romántica —dijo la chica—. ¿Tiene que ver con las historias de amor?

—No sólo con el amor. —El señor Isidro se sentó junto a ellos—. Mirad, el Romanticismo fue mucho más que una moda, aunque algunos críticos de la época no quisieran reconocerlo.

»Imaginaos el mundo antes de 1789, año de la Revolución Francesa. El rey manda porque ha sido elegido por Dios. Los nobles están por encima de los plebeyos, que deben trabajar para ellos. Los eclesiásticos rezan y cobran también impuestos a los campesinos. No importaba que hubiese burgueses plebeyos más ricos que los nobles, ni que muchos nobles lo fueran porque habían comprado un título nobiliario: la teoría era que el rey, los nobles y los altos cargos de la Iglesia mandaban porque habían nacido para mandar. Y los otros, a callar.

—Hasta la Revolución Francesa —murmuró Sara, recordando oportunamente las clases de historia—. Libertad, Igualdad, Fraternidad.

—Exacto. Los plebeyos se rebelaron contra sus señores, y rodaron cabezas. El orden del mundo quedó trastocado.

»Pero no creáis que fue tan sencillo. Las luchas duraron muchos años, por toda Europa, y, en España, mucho más. La política quedó básicamente dividida en liberales y conservadores. Los liberales luchaban a favor de los ideales de la Revolución. Los conservadores deseaban volver al Antiguo Régimen.

»El Romanticismo se inició en Europa con ideales revolucionarios. Los románticos soñaban con un mundo más igualitario, más justo, y luchaban por causas nobles: por ejemplo, Lord Byron, el famoso poeta romántico inglés, murió en la guerra por la libertad de Grecia.

»Pero ¿sabéis qué pasó cuando las aguas volvieron a su cauce?

Sara y Lázaro negaron con la cabeza.

—Las ideas revolucionarias afirmaban que no debía gobernar quien hubiese nacido noble, sino quien realmente tuviese aptitudes para ello. Lo llamaban «aristocracia del talento». Pero ¿quiénes gobernaron después de la revolución? No los más capacitados. No los más inteligentes, los más sabios, los más honrados o los más justos.

»Gobernaron los más ricos. La nueva sociedad era de aquel que tenía dinero.

—Como pasa hoy en día —comentó Lázaro.

—Exacto. Pues sabed que nuestra sociedad nació en aquella revolución, aunque no salió exactamente como la habían planeado los primeros románticos, sino como la planearon los burgueses ricos.

»Con el tiempo, esta nueva sociedad se consolidó, y aquellos hombres y mujeres que lucharon por el cambio se sintieron muy desilusionados, solos y perdidos, como pájaros encerrados en jaulas de oro. Aquel nuevo mundo no gustaba a los románticos liberales, que soñaban con una sociedad más igualitaria y libre; pero tampoco gustaba a los románticos conservadores, que añoraban el mundo anterior a la revolución. Unos y otros expresaban sus ideas mediante artículos críticos en los periódicos, como Larra, el mejor periodista español de aquella época...

—¿Ah, sí? —preguntó Sara, interesada—. ¿Y qué fue de él?

—Se suicidó.

—¡Ah! —dijo la chica, desilusionada—. ¿Se suicidaba mucho la gente, entonces?

—Más que en épocas anteriores, sí; aunque no tanto como dice el autor de ese artículo que me habéis enseñado. Los románticos se sentían diferentes, elegidos. Se sentían genios incomprendidos y pensaban que ellos estaban por encima del materialismo y la hipocresía que les rodeaba. Les gustaba la naturaleza salvaje e indomada; creían en valores espirituales y, cuando se enamoraban, su amor era apasionado, rebelde y eterno; generalmente, un amor imposible.

—Vaya —comentó Lázaro, impresionado—. No parece una moda.

—En algunos aspectos, sí que lo fue. Fijaos en que el buen romántico era, o debía ser, alto, delgado y pálido. Así parecía más espiritual. Los hombres comenzaron a vestir de negro, para que se viera, por contraste, lo pálidos que estaban. Usaban sombrero de copa, para parecer más altos; pusieron de moda los pantalones largos y el chaleco, y muchos incluso usaban zapatos con tacones. En cuanto a las mujeres románticas, eran preferiblemente de piel blanca y cabellos negros, con ojeras, para que se viera cuánto sufrían; delgadas...

—Entonces, ¿los románticos también pusieron de moda la anorexia? —quiso saber Sara.

El señor Isidro soltó una carcajada.

—No, hija. Las mujeres adelgazaban, pero no tanto. No había nada de romántico en morir de hambre. Los románticos morían de amor.

Lázaro estaba confundido.

—No entiendo —dijo—. Usted ha hablado del Romanticismo como un ideal de libertad, de igualdad... pero me parecen unos hipócritas. ¿Vestían de negro, con sombrero de copa y pantalones largos, sólo para parecer más altos?

—Para que la gente viera que ellos eran diferentes —corrigió el bibliotecario—. Era una forma de rebeldía pacífica. De demostrar que no estaban de acuerdo con la sociedad en la que vivían.

—Me parece una tontería.

El señor Isidro se encogió de hombros.

—Se cansaron de luchar. Hay gente que quiere cambiar el mundo, pero simplemente no tiene fuerzas.

»Hubo románticos que lucharon, y otros que no. Muchos se refugiaron en un mundo fantástico, exótico, o ya pasado y olvidado. En muchas historias románticas los fantasmas vagan por castillos en ruinas a media noche; o el héroe se bate en duelo contra el villano en un cementerio; o los amantes se despiden para siempre poco antes de que ella muera y él se suicide arrojándose por un precipicio una noche de tormenta...

Sara se estremeció.

—No sé si quiero saber más. Es usted una enciclopedia, señor Isidro.

—Cuando uno ha pasado veintisiete años metido en una biblioteca, a la fuerza ha de salir sabiendo algo.

Lázaro y Sara estaban abrumados. El bibliotecario se dio cuenta, y dijo:

—Bueno, os dejo que sigáis con vuestro trabajo. Si necesitáis algo más, ya sabéis dónde encontrarme.

Y se alejó de nuevo hacia el mostrador.

Sara y Lázaro cruzaron una mirada.

—Bueno, tú ya conoces la historia de tus fantasmas —dijo ella, insegura—. Pero yo no he terminado mi reportaje.

—Te ayudaré —dijo Lázaro, cogiendo el tomo sexto de «La Gaceta Liberal»—. Te debo una.

Poco después, ambos estaban sumidos de nuevo en la búsqueda de datos. Sara se sentía confundida. No quería creer la historia de Lázaro, pero... ¡todo concordaba! Y, si su primo decía la verdad...

Se estremeció, y se concentró en los periódicos.

Cuando acabaron, sólo habían encontrado otra referencia más, aunque significativa: la noticia de la muerte de Valeriano Valbuena en 1840, a los 67 años de edad. Junto a aquella noticia había un extenso artículo que hablaba de la influencia que había tenido el señor Valbuena en la población, y de lo solo que se había quedado tras la muerte de su esposa, Aurora del Castillo, y de sus dos hijas gemelas, Elisa y Elvira. Su yerno, Adolfo Heredia, había estado a su lado todo el tiempo, y heredaría todos sus bienes, incluida su preciosa casa en la calle de las Acacias.

—Heredia —murmuró Sara—. Entonces, ¿qué ha sido de los Valbuena?

Lázaro no paraba de moverse en su asiento.

—Está bien, vete —dijo Sara—. Ya seguiré yo.

—¡Mañana volveré para ayudarte! —prometió el chico, antes de salir por la puerta.

—¡¡¡¡¡Sssssssshhhhhhhhh!!! —protestó el hombre del periódico.

VII

Lázaro se topó de narices con un curioso cartel en la puerta de la casa de Borovski:

HE SALIDO DE VIAJE. NADIE SABE A
DÓNDE HE IDO, NI CUÁNDO
VOLVERÉ.

¡PREGUNTA A LOS ASTROS!

B. M. BOROVSKI.

Lázaro se encogió de hombros y salió de la casa. Miró el reloj: eran las seis y media. Quedaban dos horas para que cerrara la biblioteca. Pensó en volver con Sara, pero finalmente decidió no hacerlo.

Sus pasos le encaminaron de nuevo hacia la finca Valbuena.

Mientras tanto, en la biblioteca, Sara había empezado con el montón de documentación que le había preparado el señor Isidro. Era más rápido de lo que imaginaba: la mayoría de los papeles no le servían para nada.

—Me da la sensación de que te he complicado el trabajo, en lugar de ayudarte —comentó el señor Isidro—. ¿Qué buscas exactamente?

—Ya se lo dije: información sobre los que vivieron en la casa... Los Valbuena... y los Heredia —añadió.

—Bueno —dijo el bibliotecario, pensativo—. Verás, a finales del siglo XIX vivió en el pueblo un erudito que se dedicó a hacer el árbol genealógico de las familias más importantes de la comarca. Creo que su estudio sigue por aquí, en alguna parte. ¿Te sirve?

—Sí, para empezar. Por lo menos, hasta los primeros años del siglo XX. Después, tendré que seguir buscando información de los cien años que me faltan.

Mientras el señor Isidro iba a buscar el volumen, Sara siguió examinando lo que había en su montón de papeles.

Le llamó la atención un libro antiguo, que estaba debajo de todo. Lo sacó y lo hojeó, interesada. Era una especie de atlas local, un conjunto de planos de la comarca y sus diferentes poblaciones. Por curiosidad, miró en la portada la fecha de publicación: 1832. Abrió la primera página y vio una anotación manuscrita que hizo que su corazón se acelerara:

“Este volumen pertenece al sr. D. Valeriano Valbuena.

A once de diciembre de 1833”.

—¡Vaya! —murmuró y, con dedos temblorosos, sacó un montón de papeles que había entre sus páginas.

Los estudió con interés y emoción, sin acabar de creerse su buena suerte.

El señor Isidro ya volvía con el volumen de las genealogías.

—¡Mire esto! —dijo Sara, enseñándole los papeles—. ¡Planos de la casa! Son los que usó Valeriano Valbuena para hacer las reformas cuando volvió del exilio.

Por primera vez veía cómo podía ser la casa por dentro: tenía dos pisos y una buhardilla.

En el piso inferior estaba la biblioteca, el salón, el comedor, la cocina... En el segundo, las habitaciones. Y, en la buhardilla, los cuartos de los criados: el ama de llaves, el cocinero, el jardinero. En el sector del plano que correspondía a la parte trasera de la casa, Valeriano Valbuena había escrito, con caligrafía fina, segura y elegante: «*Aquí, un jardín como los que vimos en Londres y tanto le gustan a Elvira*».

Sara casi no podía hablar de la emoción. Le parecía increíble estar reconstruyendo la historia de una familia que había vivido más de ciento cincuenta años atrás.

—¿Lo ves? —le espetó el bibliotecario—. Podrías escribir una tesis doctoral.

—Pero si todavía estoy en el instituto...

Sara siguió pasando hojas, hasta que algo cayó al suelo. La chica dejó el libro de planos sobre la mesa y se agachó para recogerlo. Era un sobre pequeño y amarillo:

“A la atención del Sr. D. Valeriano Valbuena Monteverde.

Calle de las Acacias, número 7”.

Sara le dio la vuelta al sobre para leer el remite:

—Leonor Valbuena Monteverde —murmuró—. ¡Su hermana!

—Ajá —dijo entonces el señor Isidro—. Aquí está.

Le enseñó una página del libro de las genealogías. Era la de los Valbuena.

Sara la examinó durante un momento, y la copió rápidamente en su cuaderno, pero sólo desde los padres del constructor de la casa.

El árbol genealógico no llegaba hasta el siglo xx, porque la persona que lo había hecho había muerto, según le dijo el señor Isidro, hacia 1893. Además, especificaba que Adolfo Heredia se había casado con Elisa Valbuena en 1836; diez años más tarde se había vuelto a casar, con una tal María Cantero, con la que sí había tenido hijos.

—Los Heredia —murmuró Sara, comprendiendo.

—Son los actuales propietarios de la finca —señaló el señor Isidro—, pero la gente se había acostumbrado a llamarla «la casa de los Valbuena», y eso no han podido cambiarlo.

Sara seguía con su razonamiento.

—Pero Valeriano Valbuena tenía una hermana, Leonor —murmuró—, y un hermano, Pedro... —murmuró—, que se quedarían en la ciudad. Éstos sí que tuvieron hijos. Supongo que sus descendientes son los que, en la actualidad, disputan la casa a los Heredia...

—Pero tienen poco que hacer —explicó el señor Isidro—. Por lo que he oído, los Heredia conservan el testamento de uno de sus antepasados, un Valbuena, cediéndoles la casa y toda su fortuna...

—El testamento de Valeriano Valbuena, en favor de Adolfo Heredia —Sara señaló la genealogía—. Adolfo Heredia, que se casó con Elisa Valbuena y, según dice «*La Gaceta*», estuvo junto a su suegro enfermo e inválido hasta que murió...

Con mucho cuidado, sacó la carta del sobre y la desdobló. Se sentó para leerla, esforzándose por entender la letra:

“Enero 1837.

Queridísimo hermano:

Hemos recibido tu carta de Navidad, y sentimos mucho no haber podido acudir a pasar las fiestas con vosotros. Dios sabe cuánto nos apena vuestra situación, pero mi esposo tiene mucho trabajo aquí y no podemos ni soñar con movernos de la ciudad, por el momento.

En cuanto a que envíe a mi hija Sofía a pasar unos días con su prima, para que le haga compañía... si he de serte sincera, hermano mío, no me parece una idea acertada.

No quiero aumentar tu dolor con mis palabras, pero es necesario que dejes de cerrar los ojos ante lo evidente. Todos sabemos que, desde que tu yerno, Adolfo, dejó de cortejar a Elvira para iniciar su noviazgo con Elisa, tu hija no ha vuelto a ser la misma. Ya sabemos que, influenciada por esos libros que se trajo del extranjero, y que ahora comienzan a proliferar en nuestra España, se figuró ser víctima de un amor funesto y desgraciado, y alimentó unos horribles celos hacia su hermana, a la que consideraba culpable de su infelicidad.

Es necesario que te diga que, aunque los médicos dictaminaron que la pobre y dulce Elisa murió por un enfriamiento, corre de boca en boca el rumor de que fue su hermana Elvira quien la mató, por medio de algún mortífero bebedizo. Pese a tus esfuerzos por ocultarlo, sabemos que Elvira ya

había atentado contra la vida de Elisa en otra ocasión...

Por ello, y visto el evidente estado de enajenación mental de tu hija desde el desgraciado fallecimiento de su hermana gemela, espero que comprenderás y aceptarás mi decisión de prohibir a mis hijos que vayan a visitaros, por el momento, mientras no se aclare este escabroso asunto.

De nuevo insisto en que me duele dirigirme a ti en estos términos, querido Valeriano. Pero no puedo seguir mintiéndote con excusas vacías. Harías bien en internar a tu hija Elvira en alguna institución donde puedan sanar su enfermedad mental, y devolverle el buen juicio, antes de que sea demasiado tarde.

Afectuosamente, tu hermana,

Leonor”.

Sara acabó la lectura de la carta, perpleja. Volvió a leer algunos renglones que saltaban ante sus ojos como si estuviesen escritos con letras de fuego: «*tu yerno, Adolfo, dejó de cortejar a Elvira para iniciar su noviazgo con Elisa*»... «*alimentó unos horribles celos hacia su hermana*»... «*la pobre y dulce Elisa*»... «*corre de boca en boca el rumor de que fue su hermana Elvira quien la mató*»... «*Elvira ya había atentado contra la vida de su hermana en alguna otra ocasión*»... «*estado de enajenación mental*»...

—¿Has encontrado algo?

La voz del señor Isidro la hizo volver a la realidad. Sara se sobresaltó y lo miró, confundida.

—¡Madre mía... ya lo creo! Esto es un auténtico culebrón. Amores, celos, asesinatos, locura, muerte... —Sara movió la cabeza—. ¡Es una bomba! ¿Puedo llevarme la carta?

La expresión del bibliotecario se había vuelto seria, casi severa.

—No, no puedes. Si esa carta cuenta todo eso, has de tener en cuenta que los descendientes de esas personas todavía viven. Deberías pedirles permiso a ellos antes de publicar nada.

Sara le miró, contrariada.

—¡Pero no conozco a ningún Valbuena!

—Yo puedo conseguirte la dirección de Amelia Valbuena. Escríbele y cuéntale tu situación.

A regañadientes, Sara tuvo que admitir que tenía razón. Pero eso retrasaría terriblemente las cosas.

De pronto se acordó de algo, y empezó a recoger apresuradamente sus cosas.

—¡Espera! —la llamó el señor Isidro—. ¿A dónde vas?

—¡A hacer algo muy urgente! —dijo ella desde la puerta—. ¡Mañana volveré, se lo prometo!

—¡¡Sssshhhhh!! —se oyó una voz airada desde el rincón.

Lázaro se había colado de nuevo en el jardín de la casa de la calle de las Acacias. Había seguido al fantasma de Elisa durante un buen rato y ahora se encontraba ante la arcada que lo llevaría al jardín inglés, en la parte trasera del edificio.

Lázaro suspiró. Anochecía rápidamente. El sol ya había desaparecido tras las montañas, y las primeras estrellas tachonaban un cielo sin luna.

Lázaro aguardó a que oscureciera del todo, encendió la linterna y se internó en el jardín inglés.

Recorrió sus senderos sombríos, apenas trazados entre árboles y matorrales que componían una naturaleza libre, salvaje y magnífica. «El ideal romántico», pensó el chico.

Se acercó al estanque y se quedó esperando, hasta que distinguió una forma blanquecina un poco más allá.

—Elvira —susurró—. ¿Por qué te quitaste la vida? ¿Por amor? ¿Porque te sentías desgraciada? ¿Por las dos cosas?

Profundamente conmovido, compadeciendo a aquella criatura que sufría más allá de la muerte, Lázaro salió de su escondite para ir en pos de ella.

Pero una mano lo agarró férreamente por el brazo, y Lázaro tuvo que contenerse para no lanzar una exclamación. Se volvió. Era su prima Sara, que lo miraba, pálida y con los ojos muy abiertos.

—Lázaro... —empezó ella.

—¡La has visto! —adivinó él, sorprendido, pero contento—. ¡Tú también la has visto!

—Lázaro... —repitió Sara; temblaba—. No te acerques a ella.

Lázaro iba a replicarle que no era su madre y no podía darle órdenes, pero se calló al ver en la mirada de su prima que iba en serio.

Sara señaló con el mentón el espectro de Elvira, que rondaba desconsolada al otro lado del estanque.

—No te acerques a ella —repitió—. Es una asesina.

VIII

Hacía calor, así que Lázaro dio unos pasos atrás, para refugiarse bajo la sombra de un árbol, y contempló la lápida una vez más.

**AQUÍ YACE NUESTRA BIENAMADA HIJA
ELISA VALBUENA DEL CASTILLO**

11 - VI - 1819

24 - XI - 1836

R. I. P

—Lo siento —musitó, recordando el fantasma que corría por el jardín francés—. Aunque no parece que te vaya mal en el Más Allá; pareces feliz. Entonces, ¿por qué has vuelto?

Se inclinó para depositar un sencillo ramo de flores sobre la tumba. Elisa Valbuena había fallecido hacía más de ciento cincuenta años, y ya nadie se acordaba de ella, ni acudía a llevarle flores.

—A las mujeres os gustan las flores —comentó el chico—. Seguro que las echas de menos.

Se tocó el cuello para asegurarse de que aún llevaba la cadena con la medalla del abuelo. Por alguna razón, el día anterior había sentido el impulso de cogerla del joyero de su madre y de colgársela al cuello. Era antigua y estaba tan gastada que la imagen que mostraba estaba casi irreconocible, pero, no sabía muy bien por qué, llevarla le reconfortaba un poco en medio de todo aquel asunto.

—Lázaro.

Él se volvió. Sara acababa de llegar.

—Tu madre nos está esperando.

Lázaro asintió, y se levantó para marcharse.

—He buscado la tumba de Elvira, pero no la he encontrado —dijo.

—Ni la encontrarás. Ella se suicidó; el suicidio es un pecado mortal, así que no puede ser enterrada en sagrado.

—¿En sagrado? ¿Qué es eso?

—Éste es el cementerio de una iglesia. Aquí se enterraba a las gentes de bien. Los pecadores no tenían derecho a un entierro cristiano.

—Pues yo creo que un suicida no es un pecador, sino alguien que se ha equivocado, alguien que estaba muy confundido. Creo que es más bien una víctima.

—¿Elvira, una víctima? —Sara resopló—. ¿Es que no leíste la carta de su tía?

Lázaro no la escuchaba.

—Aquí está toda su familia —comentó, pensativo—. Su padre, su hermana, incluso su madre, que murió en el extranjero. No me extraña que su espíritu llore.

—Mató a su hermana —dijo Sara secamente—. En su lugar, yo también lloraría toda la eternidad.

Lázaro estuvo a punto de replicarle que no tenían pruebas de ello, pero en aquel momento llegaban junto al elegante coche verde de su madre, que sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Estáis listos, chicos?

Ellos asintieron, y entraron en el coche.

Estuvieron un buen rato en silencio, mientras avanzaban a buen ritmo por la carretera.

Sara estaba esperando que, de un momento a otro, la madre de Lázaro le preguntase a su extravagante hijo qué hacía en un viejo cementerio, pero la pregunta no llegó.

Sara suspiró. Su tía había sido actriz de teatro en su juventud. Era culta, elegante, inteligente y sofisticada. Y, en algunos aspectos, aún más extravagante que Lázaro. «¡Qué familia!», solía decir a menudo la madre de Sara; pero lo decía con cariño. Las dos se habían llevado siempre muy bien, aunque muchas veces no tuviesen los mismos punto de vista sobre las cosas.

Sara abrió de nuevo su carpeta para comprobar que llevaba dentro lo más importante: dos cartas. Una de ellas era la que había escrito Leonor Valbuena a su hermano Valeriano, siglo y medio atrás.

La otra era mucho más reciente, y estaba escrita por una descendiente de Leonor: Amelia Valbuena García. Sara volvió a leerla:

“Apreciada Sara:

He recibido tu amable carta, y he de decir que siento un vivo interés por tu historia, que no deja de ser la mía y la de mi familia. Antes de darte permiso para publicarla, me gustaría leer esa carta que, según dices, encontraste en la biblioteca de tu pueblo; pero, sobre todo, me encantaría conocerte personalmente. ¿Te vendría bien visitarme el próximo sábado por la tarde, para charlar un poco?

Atentamente,

Amelia Valbuena”

Sara volvió a doblar la carta. Se asomó a la ventanilla.

—¿Falta mucho, tía Isabel? —preguntó.

—No. De hecho, creo que estamos a punto de llegar. —La madre de Lázaro apagó el cigarrillo y miró por la ventanilla, por encima de sus gafas de sol—. Ajá, aquí es.

Sara y Lázaro miraron también. Había un letrero junto a una pequeña senda, a un lado de la carretera: Villazul. La madre de Lázaro giró el volante, y el coche entró suavemente por el camino.

Enseguida vieron Villazul, una pequeña casita blanca con tejados de color azul marino.

Delante había un jardín, y, a un lado, un huerto.

La madre de Lázaro detuvo el coche junto a la valla.

—Es aquí —dijo—. ¿Os recojo a alguna hora?

—A las siete está bien.

—De acuerdo. A las siete, entonces.

Los chicos salieron del coche, y Sara se volvió para examinar el aspecto de su primo.

Suspiró, exasperada. Lázaro llevaba el pelo negro despeinado, unos vaqueros cortos deshilachados y una camiseta negra con la imagen de un alien y la leyenda «*NO ESTAMOS SOLOS*».

—¿Qué? —se defendió el chico, al advertir la mirada desaprobadora de su prima.

Sara decidió olvidar lo que había visto, y avanzó decididamente hacia la puerta de la casa.

Un enorme perro se lanzó hacia ella, ladrando con fiereza. Pero una cadena lo retuvo con un sonoro «¡Clac!» antes de que pudiese alcanzarla.

—¡"Tom", cállate!

Sara, aún con el corazón latiéndole con fuerza, miró hacia la entrada de la casa. Ante ella acababa de aparecer una mujer de unos cincuenta años, de expresión bondadosa, pero mirada firme y segura.

—¡"Tom"! —repitió la mujer—. ¡Atrás!

El perro se retiró, de mala gana.

—Vamos, venid —dijo la dueña de la casa—. No os hará daño.

Sara no lo tenía muy claro.

—¿Es usted Amelia Valbuena?

—Sí, claro. Y vosotros debéis de ser los chicos de esa revista de estudiantes...

—Yo soy Sara, y éste es mi primo Lázaro.

—Encantada. Vamos, entrad.

Los dos chicos pasaron rápidamente junto al perro y entraron en la casa, siguiendo a Amelia Valbuena. Ella los guió hasta un agradable salón lleno de plantas y flores. Al fondo había una enorme chimenea, y, junto a ella, dos mecedoras y un sofá cubierto de cojines de colorines.

—Sentaos —dijo Amelia, y tomó asiento sobre una de las mecedoras.

Lázaro fue más rápido que su prima, y corrió a tomar posesión de la otra. Sara apartó un montón de cojines para sentarse sobre el sofá.

—He preparado una pequeña merienda —añadió la dueña de Villazul—. ¿Os apetece?

Fue entonces cuando los visitantes se percataron de que sobre la mesita había una tetera y un plato con pastas.

—Mi madre no me deja tomar café —dijo Lázaro, y Amelia sonrió.

—No es café, es té.

—¡Ah! ¿Cómo lo que toman los ingleses a las cinco?

—Eso mismo. ¿Quieres probar?

—Vale.

Amelia sirvió el té. Lázaro intentó probarlo enseguida y se quemó la lengua.

—Espera un poco —le aconsejó Amelia—. ¡Prueba las pastas! Y tú también, Sara, no seas tímida.

Sara mordisqueó una pasta.

—Están de muerte —afirmó Lázaro, con la boca llena.

—Me las manda desde el convento una tía mía, que es monja. Las hacen allí: ¡todo natural!

—Pues están riquísimas —repitió Lázaro con énfasis.

Sara terminó de comer la pasta, se limpió bien las manos con una servilleta y sacó de la carpeta la carta centenaria, protegida por una funda de plástico transparente.

—¡Ah! —exclamó Amelia Valbuena—. Así que es ésta.

Cogió la carta y, sin sacarla de su funda, la leyó atentamente, mientras bebía su té a pequeños sorbos. Cuando terminó, dejó la carta a un lado y miró a Sara y a Lázaro, pensativa.

—Valeriano Valbuena era viudo y tenía dos hijas gemelas —dijo Sara—. Adolfo y Elvira eran novios, pero él la plantó para casarse con su hermana Elisa, lo cual no le sentó nada bien a Elvira.

A los pocos meses de la boda, Elisa murió, y se sospechaba que Elvira pudo haberla matado. Poco tiempo después, Elvira se suicidó, ahogándose en el estanque. Ésa es la historia que cuenta esa carta.

—Sí, ya la he leído —dijo Amelia gravemente; ya no sonreía.

—No me va a dejar publicarla, ¿verdad? —preguntó Sara, descorazonada.

Amelia le miró a los ojos.

—En el pueblo —dijo—, cualquier cosa que cuentes corre de boca en boca, y enseguida lo sabe todo el mundo. Si se hace pública toda esta historia, no nos beneficiará, ni mucho menos, ante los tribunales, en nuestra batalla por la casa.

Suspiró. Hubo un largo silencio que ni Sara ni Lázaro se atrevieron a romper.

—Pero no puedo hacer nada para impedirlo —concluyó Amelia.

Sara la miró, pasmada.

—Pero...

—Es un asunto del pasado, y pertenece a la historia —explicó Amelia—. Las personas de las que habla esa carta murieron hace muchos años. No hay ningún motivo para esconder esa información. Al fin y al cabo, estaba en la biblioteca pública, ¿no?

Sara no sabía qué decir.

—Si vas a dedicarte al Periodismo —añadió Amelia—, aprende que hay dos cosas que nunca debes hacer: publicar información falsa y publicar cosas que violen la intimidad de nadie.

»Y lo que dice esa carta no es falso, ni ofende a nadie, ¿verdad?

—Excepto a Elvira —se le escapó a Lázaro.

Las dos se volvieron para mirarle: Amelia, sorprendida; Sara, con un brillo de advertencia en los ojos.

—Quiero decir... —dijo Lázaro—, que yo creo que la mujer que escribió esa carta, Leonor Valbuena, se equivoca. Elvira no mató a nadie.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Amelia, intrigada.

—Bueno... no lo sé. Es sólo una corazonada.

—¿Entonces vais a publicar el artículo, sí o no?

—¡Sí! —dijo Sara.

—¡No! —protestó Lázaro.

Amelia estaba desconcertada.

—Chicos, creo que tenéis un problema de entendimiento —dijo—. ¿Por qué no os habéis puesto de acuerdo antes de venir a verme?

Sara estaba roja como un tomate. Le lanzó a Lázaro una mirada asesina, pero él se limitó a adoptar una expresión resuelta y desafiante... o impertinente, como diría la tía Clara.

—¡Es mi reportaje! —dijo Sara, con las mejillas encendidas—. ¡Claro que voy a publicarlo!

—¡Pero no tienes pruebas de que Elvira asesinase a su hermana, y Leonor Valbuena tampoco las tenía!

—Un momento, un momento —intervino Amelia, conciliadora—. Según me decías en tu carta, Sara, la revista no saldrá hasta mediados de septiembre, ¿no? Pues tenéis tiempo de sobra para seguir investigando y averiguar lo que ocurrió en realidad.

Sara gimió. Estaba harta de revolver en los viejos papeles que se amontonaban en la biblioteca. Pero Lázaro agarró la ocasión por los pelos.

—Amelia tiene razón. Tenemos más de un mes para demostrar que Elvira no mató a nadie.

Sara lo miró, considerando una idea.

—Con una condición —dijo por fin—: yo no pienso mover un dedo. Por mí, el tema está zanjado, así que si quieres seguir investigando, tendrás que hacerlo tú solo.

Lázaro frunció el ceño, pero finalmente asintió.

—¡Hecho! —dijo, y engulló otra pasta.

Sara se volvió hacia Amelia.

—Lo siento —se disculpó—. No tenía ni idea de que mi primo no estaba de acuerdo con las conclusiones de mi reportaje —acribilló a Lázaro con otra mirada que no presagiaba nada bueno—. Pero parece que hemos hecho un trato.

Ella sonrió.

—Bueno, creo que tenéis un buen punto de partida —dijo—. Si Lázaro sigue investigando por su cuenta y descubre más cosas, puede que tu artículo quede mejor que antes, Sara.

«O peor», pensó ella, pero no lo dijo. Si Lázaro descubría que Elisa había muerto por causas naturales, y que Elvira se había suicidado porque no estaba bien de la cabeza, su historia de amor, celos y asesinatos se iría al traste.

Pero no cambió de idea con respecto al trato que había hecho con Lázaro; en el fondo, estaba segura de que sus deducciones eran correctas, y, por otro lado, pensaba aprovecharse de la nueva fiebre investigadora de su primo...

Levantó la cabeza para mirar a Amelia, con una radiante sonrisa.

—Entonces, todo solucionado: Lázaro seguirá investigando y a mediados del mes que viene le traeremos lo que tengamos.

—Me parece bien —asintió la dueña de la casa.

Sara miró el reloj; vio que eran casi las siete, y se levantó para marcharse. Lázaro la imitó.

—Muchas gracias por dedicarnos su tiempo —dijo ella.

—Y por el té y las pastas —añadió Lázaro, echando una mirada compungida al plato de las pastas: no había dejado ni las migas.

IX

Lázaro se dio cuenta enseguida de que, antes de haber hecho ningún trato con Sara, debería haber puesto en claro cuáles eran las condiciones.

—Quedan ciento cincuenta años de historia de los Valbuena, los Heredia y esa dichosa casa —le dijo ella—. De paso que buscas información sobre Elvira y Elisa, podrías acabar de recabar los datos que faltan para terminar el reportaje...

—¡Negrera! —protestó Lázaro.

En realidad, había esperado poder «investigar» por otros medios, pero esos medios seguían sin dejarse ver. Cuando se cansó de pasar por la casa de Borovski y encontrarse con aquel letrado que le sugería que preguntase por él a los astros, Lázaro comprendió que no le quedaba más remedio que encerrarse en la biblioteca a buscar allí.

Y eso hizo.

—Menudas vacaciones... —rezongaba a menudo, antes de entrar en los dominios del señor Isidro.

Pasaron los días. Mientras Lázaro seguía con la nariz metida en libros y legajos antiguos, Sara se iba al cine, saboreaba helados de tres bolas o chapoteaba en la piscina municipal. En lo que a ella respectaba, el reportaje estaba acabado; si Lázaro no quería dar carpetazo al asunto de los Valbuena, que se quemase las pestañas él.

Y eso hacía. Con los datos que obtuvo, y con la valiosa ayuda del señor Isidro, poco a poco logró reconstruir la historia de los Valbuena y los Heredia con cierta exactitud. No encontró nada de interés; era como si la vida en la casa de la calle de las Acacias se hubiera vuelto sumamente aburrida desde que los Valbuena no vivían en ella.

Durante aquel tiempo, Lázaro aprovechó también para aprender muchas otras cosas sobre el Romanticismo. El señor Isidro le prestó algunos libros de escritores de la época, españoles, como José Zorrilla, Larra, Espronceda o el Duque de Rivas; o extranjeros, como Lord Byron, Walter Scott o Víctor Hugo. Y Lázaro se enteró entonces de cosas como que *Frankenstein* había sido escrito por una autora romántica: Mary Shelley.

Leyó algunos libros, pero otros los dejó a mitad; el lenguaje que utilizaban le resultaba difícil de comprender a veces.

En cambio, Sara se los llevó todos a su casa y los fue leyendo, uno tras otro.

Los días seguían pasando; Lázaro hacía el trabajo de investigación de su prima, pero no encontraba nada que probase su propia teoría.

Hasta que un día pasó algo.

Su madre lo sacó de la cama a las nueve y media de la mañana.

—¡Lázaro, despierta!

—¿Qué quieres? —bostezó él, mirando el despertador con ojos legañosos—. ¡Aún no son ni las diez!

—¡Levántate, vístete y lávate! ¡Abajo hay alguien que quiere hablar contigo!

—Si es Sara, dile que vuelva más tarde...

Pero la madre volvió a sacudirle sin piedad.

—¡No, no es Sara! Es un chico que dice que se llama Bruno, y que tiene algo importante que decirte...

—¿Bruno? No conozco a ningún Bruno, mamá...

Ella se irguió y lo miró, pensativa.

—Bueno, le diré entonces que se ha equivocado.

Y dio media vuelta para marcharse.

Cuando se iba, la mente de Lázaro recordó quién era ese tal Bruno.

—¡¡Borovski!! —gritó, levantándose de un salto—. ¡Espera, mamá! ¡Dile que no se vaya!

Bajó las escaleras apenas cinco minutos más tarde, todavía algo despeinado. El rostro del médium se iluminó al verle.

—¡Ca-caramba! —dijo, a modo de saludo—. Lázaro, ¿verdad? Recibí tu carta. Me la encontré en el buzón al llegar, y la leí en seguida, con todos los datos, y las fotocopias de ese periódico...

—¡Bien, estupendo! —lo cortó Lázaro—. ¿Te importa que lo hablemos en otra parte? ¡Hasta luego, mamá!

Y, agarrando a Borovski del brazo, se lo llevó de allí a rastras.

Poco después examinaban el material sentados en la mesa de un bar, al aire libre. Borovski había tenido el detalle de invitar a Lázaro a desayunar, y éste se estaba poniendo las botas.

—Esto es... sencillamente fantástico —decía Borovski, admirado—. Dos gemelas... un fantasma solar, y un fantasma lunar. ¡Y en la misma casa! —Su expresión cambió de pronto, para hacerse severa—. Más te vale que no me estés tomando el pelo...

—Que no, hombre. —Respondió Lázaro con la boca llena—. ¿Qué es un fantasma solar?

—Un fantasma solar es el espíritu de alguien que muere en paz y armonía consigo mismo y con lo que le rodea. Éstos fantasmas no tienen motivos para volver a la tierra, pero, si lo hacen, sólo vagan por el mundo de día.

»En cambio los fantasmas lunares murieron de forma trágica. Son espíritus que tienen alguna razón para quedarse aquí: remordimientos, venganza, una cuenta pendiente... o, simplemente, desconcierto: son también los fantasmas de la gente asesinada o fallecida de una forma violenta, que aún no se han hecho a la idea de que están muertos.

—Y esos rondan de noche —adivinó Lázaro—. ¡Vaya! Entonces, si Elisa es un fantasma solar... significa que murió en paz, no asesinada. ¡Entonces, Elvira es inocente!

—No tan deprisa —lo cortó Borovski—. Das por hecho que Elisa es el fantasma

solar... pero... ¿y si fuera el fantasma que vaga de noche? ¿Y si Elvira fuera el fantasma solar?

—Eso es fácil de resolver: si Elisa murió asesinada, y por eso es un fantasma lunar, su hermana Elvira sería el fantasma solar... lo cual no tiene sentido, si, efectivamente se suicidó. Un suicidio también es una muerte violenta, ¿no?

Borovski asintió.

—Pues entonces, está claro. Si una mató a la otra y luego se suicidó, las dos serían fantasmas lunares, ¿entiendes?

Borovski tenía cara de haberse perdido, pero Lázaro no se molestó en repetírselo. Se levantó de un salto.

—¡Tengo que decírselo a Sara!

—¡Un momento! —Borovski lo detuvo cuando ya se marchaba—. No debes decírselo a nadie. No te creerían —añadió con cierta tristeza.

—Ella, sí —replicó Lázaro, aunque se volvió a sentar.

Borovski tenía razón: diciendo que Elisa era un fantasma solar no probaría que no había sido asesinada.

—Bueno —dijo Lázaro—, pero, si murió por causas naturales, ¿por qué ha vuelto?

Borovski se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe. Por eso los fantasmas solares son sumamente raros: no tienen motivos para volver.

Lázaro calló, pensativo. Luego miró a Borovski y preguntó, muy serio:

—¿Hay alguna manera de saber la verdad? ¿Puedo comunicarme con ellas?

—No hay manera de hablar con un fantasma solar —explicó Borovski—, porque está más aquí que allí.

—¿Y con Elvira?

Él le miró fijamente.

—¿Estás seguro, chico?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno, porque... los fantasmas lunares son... ya sabes...

—No. ¿Cómo son? Yo no creo que ella sea una asesina.

—Quizá no, pero era una suicida. Los fantasmas lunares son... no sé, algo imprevisibles. Están desconcertados y muchas veces, furiosos y desesperados por encontrarse tan solos y perdidos. Pueden ponerse violentos. Si contactas con ella a través de una invocación, entrarás en su mundo y... puede pasar cualquier cosa.

Lázaro se estremeció, pero se las arregló para que su voz sonara firme cuando dijo:

—¿Puedes hacer eso tú?

—¿El qué?

—Una... invocación, o lo que sea.

Borovski parpadeó varias veces.

—Po-podría hacerlo —tartamudeó—. Pero ya te he dicho que es peligroso.

—Yo quiero intentarlo.

—¿Po-por qué?

Lázaro no contestó enseguida. En realidad, no estaba muy seguro.

—Porque quiero saber la verdad —dijo por fin.

—¿Y no te da mi-miedo lo sobrenatural?

—¡No! —A Lázaro le brillaron los ojos de excitación—. ¡Me vuelve loco lo sobrenatural! Desde que era muy pequeño siempre quise que pasara algo extraordinario en mi vida, ¿entiendes? Buscaba OVNI's en el cielo, gnomos en los jardines y fantasmas en las casas viejas. No me importaba lo que dijera la gente: yo sabía que existían todas esas cosas. Y ahora, gracias a Elisa y Elvira, sé que es verdad, que tenía razón, ¿entiendes? Estoy en deuda con ellas. Quiero ayudarlas, quiero saber lo que pasó.

Borovski parecía conmovido. Tenía los ojos húmedos y tuvo que sonarse la nariz un par de veces.

—Yo, de crío, era como tú —confesó—, pero la gente se reía de mí. «El Alucinado», me llamaban.

—Bueno, yo no voy a reírme —le aseguró Lázaro, muy serio.

—Ahora ya lo sé. Siento haberte echado de mi casa el otro día.

—No importa. ¿Harás la invocación?

—Bueno..., vale, sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. —Borovski le miró, dudoso—. ¿Cuándo es la próxima luna llena?

—¡Yo que sé! ¡Tú deberías saberlo, eres un médium!

—Mmmm..., sí, sí, claro. Pero ahora —añadió, levantándose—. ¿Podemos ir a ver la casa?

Necesito estudiar el terreno.

Un rato después estaban en la calle de las Acacias, frente a la verja de la casa de los Valbuena.

—¿Cómo piensas entrar? —preguntó Borovski, asomando la nariz entre los barrotes.

—Hay un medio. Se trata de...

—Por favor, ¿me dejáis pasar? —dijo a sus espaldas una voz femenina.

Lázaro y Borovski se sobresaltaron, y se giraron rápidamente. Lázaro se quedó sin habla: tras él había una chica morena, alta y delgada, de facciones suaves, pero firmes, grandes ojos oscuros y nariz recta y aristocrática, como las de las estatuas griegas.

—¡Elisa! —pudo exclamar por fin, blanco como la cera.

La chica ladeó la cabeza y lo miró, pensativa.

—Me parece que te has equivocado. Me llamo Marina. Y, ahora, ¿me dejas pasar, por favor?

Lázaro se apartó inmediatamente y observó a la chica mientras introducía una llave en la cerradura de la puerta principal de la casa. Llevaba vaqueros y una ligera camisa de algodón, sin mangas, y se recogía el pelo en una coleta detrás de la cabeza. Estaba demasiado viva para ser un fantasma, decidió Lázaro.

—¿Marina Valbuena? —preguntó.

—Sí —respondió ella sin mirarle.

—¿Pariente de Amelia Valbuena?

—Sí, es mi tía. ¿La conoces?

La puerta se abrió. Marina miró a Lázaro y a Borovski con curiosidad, y el chico se dio cuenta entonces de que no era idéntica a los fantasmas. Sólo se le parecía, tenía un algo, un cierto aire de familia. Además, era mayor. Tendría veintidós o veintitrés años.

Lázaro le explicó que había hablado con su tía para hacer un reportaje sobre la casa.

—¡Ah, sí! Me contó algo de eso —dijo Marina; alzó la mirada hacia la casa, y añadió—: de vez en cuando vengo a limpiar y a cuidar de las plantas. Me lleva varios días, así que suelo aprovechar los fines de semana.

Lázaro la miró boquiabierto.

—¿Te quedas a dormir aquí, en la casa?

—Sí. ¿Qué tiene de malo? La tenemos bien cuidada.

Borovski se adelantó.

—Señorita, permítame decirle que es peligroso pasar la noche en la casa —dijo, muy serio—. Al menos, mientras no averigüemos la naturaleza de los fantasmas que habitan en ella.

—¿Fantasmas? —repitió Marina, boquiabierta.

—Pero no se preocupe —añadió Borovski enseguida—, porque, en cuanto realicemos la invocación, descubriremos seguramente qué lleva a esos espíritus a rondar por aquí.

—¿Invocación?

—¡Oh, es algo muy sencillo, no se apure! —Borovski seguía hablando alegremente, sin darse cuenta de que estaba metiendo la pata—. Levantaremos barreras de protección contra lo sobrenatural, por si acaso... y son muy seguras, créame...

La mirada de Marina iba de Lázaro a Borovski, y de Borovski a Lázaro, que le daba codazos a su amigo para que cerrase la boca.

Finalmente, la joven Valbuena estalló:

—Pero ¿qué os habéis creído?

Borovski calló y la miró, muy confundido.

—Pe-pero...

—¡Conque fantasmas...! ¿Habrás visto? ¡Es que ya no saben qué inventar para echarnos de la casa! ¡Largo de aquí!

—Pe-pero nosotros...

—¡Fuera, he dicho!

Lázaro y Borovski salieron de la propiedad con el rabo entre las piernas.

—Mira, Lázaro... —dijo Borovski, después de un buen rato en silencio.

—¿Qué?

—Pues que puede que te hayas equivocado, y no haya fantasmas en esa casa.

—¿Ah, no?

—Puede que la hubieras visto a ella.

—¡Ni hablar! Sé muy bien lo que vi. ¿Es que vas a echarme atrás ahora? Venga, no disimules: sé que quieres impresionarla: se te notaba en la cara, los ojos te hacían chiribitas...

Borovski se puso colorado, e hizo como que no había oído el último comentario de Lázaro.

—Bu-bueno, verás...

—¿Qué?

—Es que he hecho cálculos.

—¿Y qué?

—Que mañana es luna llena. Y, si esa chica está en la casa, no va a dejarnos entrar para hacer una invocación a medianoche, ¿sabes?

X

—Estás loco, Lázaro...

—¡Oye! ¡Yo no te pedí que vinieras!

—¿Cómo iba a dejarte solo? ¡Alguien tiene que encargarse de vigilar que no hagas ninguna tontería!

—¡Ay! ¡Me estáis pisando!

—Lo siento, Bruno, ha sido sin querer.

—¡Eh, eh, sin empujar!

—¡¡Sssshhhh!! ¡Habla más bajo!

—¡Eh! ¿Qué es ese ruido?

Los tres intrusos se pararon en seco, sin atreverse a respirar. Al cabo de un rato sonó la voz de Bruno Borovski:

—¿Sabéis? Debe de haber sido un gato. Podríamos salir ya de este matorral, ¿no? Hay una rama que me hace cosquillas en la nariz... ¡At... chís! —estornudó.

—Vale. Seguidme —dijo Sara.

En un segundo estaban en el interior del jardín trasero de la casa de la calle de las Acacias.

—¡Vaya! —comentó Borovski, mirando a su alrededor—. ¡Un auténtico jardín romántico del siglo XIX! ¡Y qué bien conservado!

—Date prisa —urgió Lázaro—. Es casi medianoche.

Borovski alzó la mirada hacia el cielo. Una enorme luna llena brillaba sobre el jardín. El médium se estremeció, no sabía si de miedo, de alegría o de emoción.

—Hay magia en el ambiente —murmuró para sí mismo.

Tuvo que volver a poner los pies en la Tierra casi enseguida, porque Sara le tiraba insistentemente de la manga:

—¡Eh, señor Borovski!

—¡Déjale, Sara! Se está concentrando.

—¡Pues yo diría que está en la parra! ¡Bruno! ¡Oye, Bruno!

—Está bien, adelante —suspiró Borovski, y echó a andar, muy decidido.

Enseguida se perdió por los oscuros senderos del jardín.

Lázaro y Sara fueron tras él, y lo alcanzaron junto al estanque. Se había quedado quieto, semioculto tras un enorme tilo, y tenía los ojos fijos en una forma blanquecina que se paseaba entre los árboles.

—¡Es ella! —musitó Sara, reprimiendo el impulso de echar a correr.

—¡Elvira! —susurró Lázaro.

Borovski la contemplaba fascinado.

—Sin duda es un espíritu... Pero ¿cómo es posible? ¡Se pasea tan tranquila, y cualquiera puede verla!

—Cualquiera, no —rectificó Lázaro a media voz, y dirigió a su amigo una mirada significativa.

Borovski lo captó enseguida: se refería a Marina Valbuena, que frecuentaba la casa pero, por lo visto, no había visto nunca ningún fantasma.

No le habían contado a Sara su conversación con Marina, así que Borovski también se cuidó de no mencionar su nombre: si Sara hubiera sabido que Marina les había prohibido volver por la casa, no les habría dejado acercarse.

—Verás... —trató de explicarles—. ¿Habéis oído hablar de la expresión «Ver para creer», o “Si no lo veo, no lo creo»?

—Claro.

—Bien, pues es justamente al revés: si no crees en fantasmas, tienes más bien pocas posibilidades de ver uno. Y lo mismo pasa con la mayoría de las cosas espirituales y sobrenaturales: los ángeles, las hadas, los duendes, los gnomos, los espíritus elementales...

Sara lo miraba, incrédula.

—Venga ya. ¿No intentarás decirme que esas cosas existen?

—Yo no intento decir nada. Para ti, desde luego no; como no crees en ellas, nunca verás nada parecido. La fe en lo invisible te hace desarrollar una especie de sexto sentido... que todos los niños tienen, y que pierden al hacerse mayores, cuando los adultos les convencen de que todas las cosas mágicas que vieron en su infancia eran fruto de su imaginación. Así que no es raro que haya gente que venga por aquí y no haya visto fantasmas: no los buscaba. Las criaturas espirituales son muy quisquillosas: ¿para qué van a molestarse en aparecer ante alguien que, cuando las vea, va a pensar que está soñando?

—Vamos a darnos prisa, ¿vale? —cortó Lázaro, aunque le gustaba aquella conversación—. Se nos va a pasar la hora.

Borovski miró el reloj y se puso rápidamente en acción. Eligió un lugar despejado junto al estanque y lo barrió de arena, hierbas y hojas. Después, dibujó con tiza un círculo en el suelo, a su alrededor, que rodeaba también a Lázaro y Sara, mientras recitaba:

—«Éste es el Gran Círculo de Protección alrededor de nosotros; es invencible y repele todo elemento discordante que intente entrar a molestarnos».

Sacó algo más de su bolsa, y se puso a restregar con ello el círculo de tiza. Un penetrante olor a ajo invadió el ambiente.

—¡Puaf! —dijo Sara, tapándose las narices—. ¿Es necesario eso?

—Absolutamente —replicó Borovski.

Sacó de nuevo la tiza y pintó un símbolo en el suelo.

—¡Es un pentáculo mágico! —exclamó Lázaro al reconocerlo—. ¡Una estrella de cinco puntas!

—Exacto. Pero también es un círculo de protección: no salgáis de él por nada del mundo.

Borovski se detuvo un momento para contemplar su obra y asegurarse de que todas las puntas del pentáculo tocaban el círculo.

Después procedió a repasar el círculo con agua bendita, y siguió recitando, solemnemente, las palabras del ritual:

—«Yo soy la perfección de mi mundo, y ésta está autosostenida en el Círculo dorado».

Sacó cinco velas blancas de su bolsa. Mientras las encendía y colocaba en las puntas del pentáculo, concluyó diciendo:

—«Gran Círculo Mágico; envuélveme, ayudando a evolucionar».

El resplandor de las velas bañaba los rostros de los tres amigos con una luz débil, temblorosa, irreal.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Sara en un susurro.

A lo lejos sonaron doce campanadas, procedentes de la iglesia parroquial de Santa Mónica.

—Las doce —musitó Lázaro.

Entonces, Borovski se sentó en el centro del pentáculo, a lo indio, abrió las manos y cerró los ojos.

—«Invoco la fuerza y la guía de la Luz Blanca» —recitó solemnemente, y su voz no tembló, sino que se alzó, segura, serena y potente, hacia el cielo nocturno—, «para que me ilumine y proteja. Invoco la fuerza y la guía de la Luz Blanca para que me deje ver más allá». Criatura del Otro Lado, yo te llamo desde el mundo de los vivos para que compartas tus conocimientos con nosotros. Acude a mi llamada y cruza el umbral a través de mí.

Un viento frío recorrió el jardín, sacudió las ramas de los árboles más bajos e hizo que a Sara y Lázaro les corriera un escalofrío por la espalda.

—Criatura del Otro Lado —prosiguió Borovski—, vuelve, regresa al mundo de los vivos para comunicarte con nosotros. Háblanos, espíritu sin cuerpo. Habla con los vivos.

El viento se hizo más fuerte y más frío, y Sara y Lázaro se acurrucaron el uno junto al otro, temblando. Las velas parecían estar a punto de apagarse.

—¡¡Cruza el umbral a través de mí!! —aulló Borovski.

De pronto, el viento cesó y todo quedó en calma y en silencio. Los chicos miraron a su alrededor, temerosos. Nada.

—Creo que no ha dado resultado, Bruno... —empezó Lázaro, pero se calló al ver que Borovski no se había movido. Seguía con los ojos cerrados, estaba rígido y frío, y pálido como un muerto.

—¡Borovski! —susurró Sara; iba a cogerle del brazo, pero Lázaro la detuvo:

—¡Quieta! Está en trance.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues... no lo tengo muy claro. Es lo que le pasa a un médium cuando se pone en contacto con el Más Allá. Y nunca, nunca se debe tocar a un médium en trance.

—Pero aquí no hay Más allá —empezó Sara, algo molesta—. Sólo estamos nosotros tres encerrados en este ridículo dibujo de tiza...

Súbitamente un rostro pálido y etéreo surgió en la oscuridad, ante ellos. Un rostro femenino, hermoso, pero infinitamente triste y atormentado.

Sara chilló y se aferró con fuerza al brazo de su primo.

El rostro fantasmal los miró y trató de acercarse a ellos, pero una barrera invisible se lo impidió. Entonces la aparición se desplazó, flotando, alrededor del círculo, buscando un lugar para entrar.

—Ay... —dijo Sara, temblando como un flan—. Ay, ay, ay...

—Sara —musitó Lázaro.

—¿Qué?

—Que me estás clavando las uñas...

Sara soltó el brazo de su primo, sin perder de vista al fantasma de Elvira Valbuena.

Ella seguía dando vueltas, flotando, en torno a ellos. Era algo parecido a un banco de niebla densa, su imagen cambiaba a cada movimiento, pero sus grandes ojos oscuros, marcados por profundas ojeras, seguían mirándolos en silencio desde un blanco rostro fantasmal.

Sara y Lázaro temblaban dentro del círculo, no sabían si de miedo o de frío. La aparición trató de entrar varias veces, pero siempre se topaba con una especie de muro invisible que se lo impedía.

—¡No puedo creerlo! —jadeó Sara—. ¡Funciona!

El fantasma los miraba, y su expresión parecía suplicante. Lázaro la compadecía de todo corazón. Su intuición le decía a gritos que aquella criatura no quería hacerles daño; pero estaba demasiado asustado como para atreverse a salir del interior del pentáculo protector.

Entonces, la aparición movió los labios, como si quisiera decirles algo.

—A...a... —susurró una voz ronca justo junto a ellos.

Lázaro y Sara dieron un salto del susto.

—A... ay... —repitió la voz.

—¡Mira! —dijo Sara, agarrando de nuevo con fuerza el brazo de Lázaro.

El chico miró.

Los labios de Bruno Borovski se movían a la vez que los del fantasma de Elvira Valbuena.

—Ay... ay... —dijo Borovski.

—¿Qué? —susurró Lázaro.

—Ayu... ayu... ayuda...

Lázaro y Sara se quedaron de piedra.

El fantasma flotó de nuevo alrededor del círculo. Sus labios se movieron otra vez.

—Ayuda... —dijo Borovski—. Yo...

—¿Qué? —repitió Lázaro, cada vez más nervioso—. ¿Qué pasó, Elvira?

—Yo... —susurró Borovski—. A... as... ase... asesina...

Sara ahogó un grito.

—... da —concluyó Borovski.

Ahora fue Lázaro el que gritó.

—¿¡Has oído!? ¡¡Asesinada!!

—¡¡Asesina... da!! —gritó Borovski, y el fantasma de Elvira aulló de rabia y dolor. Su aura pareció cubrirlo todo y empezó a girar y a girar en torno al círculo, formando un tornado blanco y gris en torno a ellos. Lázaro y Sara gritaron de miedo, se abrazaron y cerraron los ojos...

Y, de pronto, el viento cesó, y todo quedó en calma.

Se oyó la voz, débil y vacilante, de Bruno Borovski:

—¿Q-qué ha p-pasado?

Lázaro se puso en pie de un salto y miró a su alrededor, ansioso.

Distinguió la forma blanquecina del fantasma huyendo por el jardín... hacia la casa.

—¡Espera, no te vayas! —gritó, y, sin preocuparse por nada más, abandonó el círculo protector y salió corriendo tras ella.

—¡Espera, Lázaro! —gritó Borovski—. ¡Recuerda: es un fantasma lunar, es imprevisible y potencialmente peligroso!

—¡Lázaro, no! —chilló Sara.

Él no los escuchó.

XI

Lázaro corría por el jardín en pos de la doncella de blanco. Lo había hecho muchas veces antes, pero en aquella ocasión había un riesgo: el fantasma había cruzado el umbral. Ahora podía hacerle daño a Lázaro, si quería. Y, aunque él sabía, en el fondo de su corazón, que Elvira nunca había hecho daño a nadie, Borovski tenía razón: un fantasma atormentado era imprevisible.

De pronto, el fantasma desapareció. Lázaro se quedó parado en el jardín, desconcertado.

Frente a él estaba la casa, y Elvira había entrado en ella, atravesando la pared.

Lázaro no pensaba quedarse ahí parado. Avanzó un poco y examinó la fachada en busca de un lugar por donde entrar.

Pronto lo vio: una ventana baja, semiabierta. Lázaro no lo pensó. Trató de trepar por la pared hacia la ventana, apoyando los pies sobre una jardinera y agarrándose al alféizar con las puntas de los dedos.

—¡Lázaro! —susurró tras él la voz de Sara—. ¿Qué haces?

Lázaro se volvió. Sara y Borovski le habían seguido. Los dos estaban pálidos y parecían asustados.

—¿Po-Por qué has abandonado el círculo? —casi gritó Borovski.

—¡Ssssshhhh! Elvira ha entrado en la casa.

Lázaro se impulsó con ambas manos y saltó desde la jardinera hasta lograr encaramarse al alféizar de la ventana. En menos de un minuto se había colado dentro.

—¡Espera! —susurró Sara—. ¡Lázaro, espéranos!

—Está loco... ¡está loco! —dijo Borovski, con los ojos desorbitados por el terror.

—¿Por qué? —preguntó Sara—. ¿Tan peligroso puede ser el fantasma de una chica asesinada?

—Po-podría s-serlo, pero eso no es lo p-peor. —A Borovski le castañeteaban los dientes.

—¿Qué es lo peor?

—P-pues que si f-fue asesinada, el esp-espectro de su asesino po-podría seguir rondando por aquí...

—Oh, no —susurró Sara—. ¡Oh, no!

Mientras tanto Lázaro, ajeno al peligro, recorría la planta baja de la casa, en silencio, buscando al fantasma de Elvira Valbuena. Se asomó al salón, y también a la biblioteca. Los muebles estaban cubiertos con sábanas para preservarlos del polvo y la humedad, y aquello le daba un cierto aire tétrico a las habitaciones. Lázaro se estremeció, y siguió adelante.

Llegó a la escalera... y la vio. Elvira Valbuena subía hacia el piso superior, envuelta en una blanca aura sobrenatural.

Lázaro la siguió. Mientras subía las escaleras en pos de la aparición recordó que, según los planos de Valeriano Valbuena, en la parte de arriba de la casa estaban los

dormitorios... así que se esforzó en no hacer el menor ruido; probablemente en aquellos momentos Marina Valbuena dormía en alguna de las habitaciones.

Lázaro siguió a Elvira hasta un cuarto pequeño en un extremo del pasillo. A diferencia de las otras habitaciones, ésta estaba completamente vacía de mobiliario. Una enorme ventana se abría a un lado, dejando pasar la luz de la luna llena. Lázaro pudo distinguir al otro lado del cristal las sombras de los árboles del jardín inglés.

Elvira se había detenido en una esquina. Se quedó allí un momento, levitando, y miró a Lázaro con una expresión inescrutable en su etéreo rostro.

Después, desapareció.

—¡No! —dijo Lázaro, y corrió hacia allí.

Nada.

Sacó la linterna de la mochila e inspeccionó el rincón.

—Lázaro —dijo a sus espaldas la voz de Sara.

Lázaro dio un respingo.

—¡Habla más bajo!

—¿Por qué? No hay nadie aquí.

Lázaro la interrumpió con un gesto.

—Elvira quería enseñarnos algo —dijo—. La he seguido hasta aquí, pero...

—Mmmm... —dijo Borovski—. Dejadme ver.

Lázaro le tendió la linterna, pero él se dirigió a la esquina sin cogerla. Se agachó y pasó las manos por el suelo, por las paredes...

—Oye, Bruno... —empezó Lázaro, pero Borovski le interrumpió, muy nervioso:

—Capto una emanación ectoplásmica muy intensa...

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Sara.

—Que ahí, detrás de la pared, hay algo, un objeto, un tesoro que perteneció al fantasma... y que lo mantiene atado al mundo de los vivos.

—¿Detrás de la pared? ¡Ésta sí que es buena!

Pero Lázaro, apartando a Borovski, se acercó al lugar que señalaba éste, y empezó a arrancar el papel estampado que decoraba la pared.

—¡Para! —exclamó Sara, pasmada—. ¿Qué haces?

Lázaro no le hizo caso. Enfocó el haz de la linterna directamente hacia allí, pero sólo vio la cal de una blanca pared.

—¿Qué esperabas encontrar? —resopló Sara.

—Esto —replicó Lázaro, golpeando la pared con los nudillos—. ¿Oyes? Suena a hueco.

Palpó la pared con los dedos hasta encontrar un pequeño saliente. Sacó entonces su cortaplumas del bolsillo y comenzó a rascar la pared.

Al cabo de un rato de paciente trabajo, había sacado a la luz una pequeña puerta con su cerradura. Siguió trabajando con su cortaplumas y, momentos después, la cerradura saltó, y la puerta se abrió con un chirrido.

Sara no salía de su asombro.

—¿Cómo has hecho eso?

—Bueno, no era muy difícil. La cerradura estaba tan estropeada que no me ha costado nada cargármela. Seguramente la llave se perdió hace mucho, mucho tiempo... me atrevería a decir que se perdió con Elvira en el estanque.

—¿Qué hay dentro? —quiso saber Borovski.

Lázaro enfocó la luz de la linterna hacia el interior del compartimento. No sería más grande que una caja de zapatos, y dentro había un libro, no muy grande, pero sí muy antiguo.

—Esto —susurró Lázaro.

Lo sacó y lo abrió para examinarlo a la luz de la linterna. Sara, que espiaba por encima de su hombro, respiró hondo, sorprendida.

—Vaya —dijo—. ¡Es su diario!

Lázaro forzó la vista para leer las páginas amarillentas donde Elvira había plasmado sus últimos pensamientos. Se detuvo en una hoja emborronada por lo que parecían lágrimas.

—«*Once de julio de 1836*» —leyó.

—¡La boda de Elisa! —dijo Sara—. ¡Léelo!

Lázaro leyó:

—«*Hoy se casa mi hermana, y yo... ya nada tiene sentido para mí, ni el mundo, ni la vida, ni el amor...*» Aquí hay una mancha, no se entiende nada. Sigo más abajo: «... *la muerte, porque algo morirá dentro de mí en este funesto día. ¡Ay de mí! ¿En qué me equivoqué?*». Otra mancha... «*eterno. ¿Por qué me abandonó? ¿Por qué? ¿Por qué?*».

Lázaro intentó seguir leyendo, pero se rindió al cabo de un rato; la escritura, emborronada por el tiempo y las lágrimas, era ilegible.

Hubo un largo silencio.

—Salgamos de aquí —dijo Sara entonces—. Podemos seguir leyendo mañana.

Pero Lázaro seguía pasando páginas del diario.

—Todo son anotaciones muy cortas.

—Busca el día de la muerte de Elisa —indicó Borovski, consultando sus notas a la luz de la linterna—. El veintitrés de noviembre de 1837.

Lázaro lo hizo.

—No hay nada —dijo, tras su examen—. Hay un salto desde el dieciocho de noviembre hasta el uno de diciembre. Os leo este último:

«*Nunca en mi vida me había sentido tan sola y tan desgraciada. Parece que sobre mí pesa alguna suerte de terrible maldición que aleja de mi lado a todos los que amo. Mi hermana Elisa ha muerto, víctima de una enfermedad.*»

Dice el doctor que era un enfriamiento, parecido al que se llevó la vida de mamá, allá en Londres. Al fin y al cabo, Elisa siempre tuvo la salud muy frágil, igual que ella. La echo de menos, y lloro su muerte todos los días. Nadie la quería más que yo, ni siquiera papá... ¡Oh, fatalidad! ¿Cómo pueden creer, siquiera por un instante, que yo acabé con su vida? ¿Cómo pueden? ¡Ay de mí! ¿Por qué estaría yo allí, hace dos meses, el día en que Elisa se cayó por las escaleras? ¡Triste sino! Se figuran que me protegen diciendo que estoy desequilibrada. ¡Por eso me tienen aquí encerrada! ¿Estoy loca? ¿Por qué? ¿Porque lloro? ¡Lloro, oh sí! ¿Y qué? Mi hermana ha muerto. Mi hermana... ¡Oh, Elisa, Elisa, querida y añorada Elisa! ¡También tú creías que yo te empujé, pero dijiste que habías tropezado...! ¡Para protegerme! ¿Tendré valor para confesar la verdad por ti, querida hermana? ¿Tendré valor?».

—¡Sigue!

—No dice más.

—Hace dos meses... ¡Busca los primeros días de octubre, el día que Elisa se cayó por las escaleras!

—¡Lo tengo! —dijo Lázaro al cabo de un rato—. Escuchad:

“Acaba de pasar algo terrible: Elisa se ha caído por las escaleras y tiene una fea herida en la cabeza. Ha pasado inconsciente todo el día, pero el doctor dice que se recuperará.

Desgraciadamente, yo estaba allí, en lo alto de la escalera, y ella me vio, y también el ama... ¡Oh, Dios! ¿Qué debo hacer? ¡Yo sé la verdad, pero nadie me creería si la contara! Dirían que miento por despecho y que...”

Lázaro calló.

—¿Qué? —preguntaron a la vez Sara y Borovski.

—No lo sé. Falta una hoja.

—¡Qué raro! ¿Quién la arrancaría?

Lázaro pasó las hojas.

—Voy a leer la siguiente anotación, ¿vale?

«Parece que Elisa ya está mejor. ¡Qué alegría! Todos en casa prefieren olvidar este accidente cuanto antes, pero, en el fondo, sé que creen que yo lo provoqué. Le he escrito a mi prima Sofía contándoselo todo, y que he decidido no revelarlo a nadie más. No se trata sólo de mi; es por Elisa, por papá... Total, ¿qué importa? Ya pensaban que yo no estaba en mi sano juicio.

¿Qué más da que sigan sin creer en mí?».

Sara se estremeció.

—Es terrible —comentó.

Lázaro pasó las páginas del diario con cuidado. Una delgada hoja de papel doblada cayó de entre ellas. El chico la cogió, la desdobló y le echó un vistazo.

—Es una carta —dijo—. De una tal Sofía Manrique Valbuena.

—Su prima —dijo Sara—. ¿Creéis que es la contestación a la carta que le escribió Elvira?

—No lo creo. La carta de Elvira debía de ser de octubre, y ésta ya es de finales de enero.

—Elisa había fallecido dos meses antes, y Elvira lo haría apenas dos semanas después —dijo Borovski gravemente—. Léela, Lázaro.

Lázaro leyó.

“Querida Elvira:

Mi madre aún nos prohíbe hablar contigo y mandarte cartas, y por eso sigo escribiéndote a sus espaldas; por favor, sigue poniendo un remite falso en las tuyas, o no me llegarán. ¡Cómo lo siento! Tú sabes que esta situación me gusta tan poco como a ti: sé que no estás loca, sé que no empujaste a Elisa escaleras abajo y sé que no tuviste nada que ver con su muerte. Yo te creo, mi querida prima. Te conozco, y sé que tú no eres así.

Sin embargo, y a pesar de tus explicaciones, me cuesta trabajo entender tu actitud. Por eso sigo insistiéndote: ¡habla, por Dios, di lo que sabes, antes de que sea tarde! Si te resulta más sencillo callar, amiga mía, por favor, considera mi oferta: huye de esa casa, ven a la ciudad. He hablado con esa mujer que alquila pequeños estudios, y tiene uno libre: podrías quedarte aquí, cerca de mí, y nadie lo sabría. Por lo menos, estarías a salvo.

Te lo ruego, Elvira, escapa, huye de allí. Te queda poco tiempo.

Tu prima,

Sofía “

Lázaro volvió a guardar la carta.

—Hablar... —dijo Sara, pensativa—. ¿Qué tenía que confesar Elvira? ¿Qué se

nos escapa?

—Voy a leer la última anotación —anunció Lázaro—. Es del siete de febrero de 1837.

—El día que Elvira murió —añadió Borovski lúgubrementemente.

Lázaro se centró en las páginas del diario:

“Se prepara una tormenta. El cielo está cubierto por un plumizo manto gris. Hay relámpagos, y truenos, y el viento aúlla.

Así se siente mi alma.

Llevo tres meses encerrada en casa, y ya no lo soporto más. Dicen que estoy perturbada y van a internarme en un sanatorio. Sofía tiene razón: no puedo quedarme aquí ni un minuto más. Pero hablar... ¡Dios mío, hablar...! No quiero creer a Sofía cuando me recuerda que Elisa nació unos minutos antes... No quiero creerla cuando dice que, si Elisa no hubiese muerto de aquel enfriamiento, habrían encontrado el modo de matarla... ¡No quiero creerla! ¡No quiero creer que alguien quiera matarme a mí!

¿Qué quiero creer? Quiero creer que fue simplemente un arrebato de furia, no un intento premeditado de homicidio... Quiero creer que fue un error. Que Elisa no debía caer por esas escaleras.

Quiero creer... pero Sofía tiene razón. Ya no me es posible seguir creyendo.

En cuanto acabe de escribir estas líneas, guardaré este cuaderno en mi escondite detrás de la cómoda y me escaparé... bajaré por la ventana, por el emparrado, como esta mañana, recogeré las cuatro cosas que he dejado escondidas junto al estanque y me marcharé de casa, ahora que va a llover y no habrá nadie en el jardín que pueda verme.

Cuánto me gustaría despedirme de papá... pero no puedo hacerlo. Escaparé de aquí, iré a la ciudad, con Sofía, y, a pesar de todo, me llevaré mi secreto conmigo... y que sea lo que Dios quiera”.

La voz de Lázaro se extinguió.

—No hay nada más —dijo, tras un breve silencio.

—Elvira nunca llegó a salir de la finca —murmuró Sara—. Alguien la siguió, y la

sorprendió junto al estanque, y la ahogó allí... supongo que haría desaparecer su equipaje, para que todos creyesen que había sido un suicidio.

—Pero ¿quién, y por qué?

—La misma persona que empujó a Elisa escaleras abajo, que tenía miedo de que Elvira contase lo que había visto...

Lázaro se levantó y se asomó a la ventana para ver el emparrado por donde había bajado Elvira para escapar de su cuarto, hacía más de siglo y medio.

—El emparrado ya no está —dijo, volviendo a cerrar la ventana—. Han cambiado muchas cosas desde entonces, pero creo que aún podría alguien escapar por aquí: abajo hay un matorral enorme que haría de colchón si saltase desde aquí.

Borovski no lo estaba escuchando. Parecía preocupado por algo.

—¿Habéis pensado en que hay otra posibilidad?

—¿A qué te refieres?

—Puede que Elvira estuviese loca de verdad, y escribiese todos esos desvaríos para tratar de acallar su conciencia, para buscar una excusa... Puede que sí se suicidara y que nos haya mentado. De todos los fantasmas lunares, los asesinos y los locos son los peores...

—¡No lo creo! —saltó Lázaro—. Su prima creía en su inocencia.

—Entonces, si Elvira fue asesinada, ¿dónde está el espectro de su asesino?

Lázaro iba a replicar, pero no encontró las palabras. De pronto, Borovski se dio la vuelta, y los chicos con él.

Tras ellos había una joven pálida, vestida de blanco, y parecía muy furiosa.

—¡Elvira! —exclamó Lázaro.

XII

—¡Deja de llamarme así! —dijo la supuesta aparición, que no era otra que una malhumorada Marina Valbuena—. ¿Se puede saber qué hacéis vosotros aquí? ¡Voy a llamar a la policía!

Iba en camisón, y llevaba una linterna en una mano y una sartén en la otra; parecía contundente.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sara, pasmada.

—¡Soy Marina Valbuena, y esta es mi casa! ¿Se puede saber qué...?

—¡Buscamos pistas sobre tus antepasados! —cortó Lázaro, levantando el diario en alto para que Marina lo viera—. ¡Y hemos encontrado cosas muy interesantes!

Marina se apresuró a quitarle el diario, mirándole con desconfianza. Pero los tres intrusos tenían un aire tan desconcertado y confuso que la joven sospechó que no le sería necesario emplear la sartén.

Abrió el diario, al azar, y enfocó su linterna hacia las páginas centenarias.

—Parecen lamentos de una adolescente despechada... bastante melodramática, por cierto.

—Adolescente despechada —repitió Sara para sí, pensativa—. ¿Qué se me escapa? ¿Qué se me escapa?

—Alguien la mató —explicó Lázaro—; la ahogaron en el estanque e hicieron que pareciese un suicidio, y ahora su espíritu ronda por la casa, clamando venganza.

—Venga ya. ¿Realmente esperas que me crea eso?

Sara seguía murmurando, mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad.

—¿Por qué no habló? ¿Por qué dejó que la acusaran de intentar asesinar a su propia hermana? ¿Quién empujaría a Elisa escaleras abajo, y por qué?

—Basta ya de bromas —cortó Marina, molesta, pero nerviosa, cerrando el diario—. Si no os marcháis de aquí inmediatamente, llamaré a la policía.

—Alguien... alguien... —decía Sara obsesivamente—. ¡Claro, claro, pues claro! ¡Ése alguien era...!

—¡¡Cuidado!! —aulló Borovski.

Un aura brillante y multicolor se había materializado en el centro de la habitación. Un viento huracanado se levantó de súbito y recorrió el cuarto, revolviéndolo todo con un rugido aterrador.

Marina gritó. Los tres intrusos se limitaban a observar aterrorizados aquella presencia sobrenatural, sin atreverse a hacer el más mínimo movimiento.

—¿Qué... es... eso? —jadeó Sara.

—¡El asesino de Elvira! —exclamó Lázaro.

Borovski reaccionó. Sacó una tiza del bolsillo y empezó a trazar signos en el suelo frenéticamente.

Marina gimió de nuevo y trató de moverse hacia la puerta, pero la presencia fantasmal se interpuso en su camino. Daba la sensación de que la miraba.

—La quiere a ella —susurró Borovski, olvidándose por un momento de escribir en el suelo.

El espectro había tomado forma: una niebla de color gris con aspecto de hombre, con un rostro joven, pero lleno de odio, que miraba fijamente a Marina Valbuena.

—No... —dijo ella, y se volvió lentamente hacia la ventana, para tratar de abrirla. Todo sucedió muy deprisa.

El espectro aulló. Marina gritó. Borovski dejó caer la tiza. Sara chilló, y se tapó la cara con las manos. El espectro aulló de nuevo. Lázaro se lanzó hacia Marina, para tratar de protegerla. Un viento huracanado salió de no se sabía dónde, y abrió la ventana de golpe. El espectro del asesino se lanzó hacia la heredera Valbuena. Lázaro tiró de ella hacia atrás...

... y ambos se precipitaron por la ventana...

Cayeron en blando sobre el enorme arbusto que había visto Lázaro momentos antes, al asomarse a la ventana.

Marina se incorporó, algo aturdida.

—¿¡Estás loco, tú!? —chilló, temblando de furia; el golpe no le había hecho perder su mal genio.

—¡Oye! —se defendió Lázaro—. ¡Te acabo de salvar la vida!

Pero se calló de pronto y miró hacia arriba.

—¿Qué? —preguntó Marina, sin atreverse a mirar.

—¡Corre! —gritó Lázaro.

Agarró a la joven de la mano, tiró de ella y echó a correr desesperadamente...

Marina sintió en su nuca un aliento helado y húmedo, y chilló de puro terror. Lázaro la guiaba a través del jardín inglés, y parecía saber muy bien hacia dónde se dirigían.

—¡¡No!! —gritó Marina al ver el estanque—. ¡Allí es donde esa chica murió ahogada!

Lázaro no respondió. Veía a lo lejos un leve resplandor en la oscuridad, y corría hacia él como alma que lleva el diablo.

Entre los árboles todavía brillaban las cinco velas del pentáculo protector.

—¡Entra ahí! —ordenó el chico.

Los dos saltaron al interior del pentáculo justo cuando el espectro asesino se lanzaba sobre ellos. Lázaro vio cómo su fantasmal perseguidor se detenía justo frente a ellos, y respiró, aliviado.

El espectro dio un par de vueltas en torno al círculo.

—Aquí estamos a salvo —dijo Lázaro.

No había terminado de hablar cuando el fantasma, con un bramido, atravesó limpiamente la barrera protectora y se abalanzó sobre ellos...

«¡Antes funcionaba!», quiso chillar Lázaro, pero lo único que hizo fue echarse hacia atrás, como pudo. De pronto vio que el espectro se detenía de nuevo, a pocos centímetros de él, y sintió que algo le quemaba sobre el pecho. Sin salir de su

asombro, se metió la mano bajo la camiseta para sacar... la medalla del abuelo, que brillaba y quemaba como un carbón encendido.

Guiado por una súbita inspiración, Lázaro alzó la medalla y la sostuvo frente a él. El espectro la miró, furioso, pero con un atisbo de temor en su rostro fantasmal.

Lázaro se colocó lentamente frente a Marina para protegerla, sin dejar de mirar al espectro, ni de sostener la medalla entre ambos.

—Esto es una pesadilla... esto es una pesadilla... —murmuraba Marina.

Lázaro no dijo nada. Se levantó lentamente, y Marina con él. Ambos comenzaron a retroceder poco a poco, paso a paso, con los ojos fijos en el espectro, que les seguía sin atreverse a atacarles, por el momento.

Aquel trayecto se les hizo a los dos eterno. Avanzaban despacio hacia la casa, pero no tenían ni la más remota idea de lo que harían cuando llegaran a ella.

—¡Lázaro! ¡Marina! —se oyó entonces la voz de Sara desde la puerta trasera—. ¡Aquí!

Lázaro y Marina cruzaron una mirada. Ella se volvió, ansiosa, hacia la casa. Les quedaban poco más de veinte metros para llegar.

—Cuando yo te diga, corre —susurró Lázaro.

Marina asintió. Lázaro alzó la medalla un poco más. El espectro retrocedió un tanto.

—¡Ahora! —gritó Lázaro.

Marina dio media vuelta y echó a correr. Lázaro la siguió, pero vio de pronto que algo se le había caído al suelo a la joven: el diario de Elvira.

Lázaro se detuvo y alzó de nuevo la medalla para frenar al fantasma, que ya se lanzaba sobre él. Muy lentamente, se agachó y recogió el diario.

—¡Lázaro! —oyó que chillaba Sara—. ¡Lázaro!

Lázaro calculó la distancia, y miró de nuevo al espectro, que cada vez estaba más cerca, como si le fuera perdiendo miedo al amuleto protector del chico. Lázaro sudaba y temblaba, consciente de que tenía poco tiempo. Si daba media vuelta y echaba a correr, el espectro le alcanzaría.

Vio a lo lejos, entre los árboles, una figura blanquecina que lo observaba todo sin atreverse a intervenir.

—Elvira —susurró el chico—. Por favor, ayúdame.

El espectro emitió un sonido parecido a una carcajada, como si la idea le pareciese muy divertida.

—Elvira —repitió Lázaro; ignoraba si ella podía oírle, pero las palabras no le salían de la cabeza, sino del corazón—. Elvira, él te mató a ti y trató de matar a tu hermana. Por favor, ayúdame.

Le pareció que el fantasma de Elvira temblaba, un poco más allá, y comprendió.

—¡Tienes miedo! —exclamó, sorprendido.

Lázaro se dio cuenta, entonces, de que sólo le quedaba una salida.

Dio media vuelta y echó a correr con todas sus fuerzas.

Enseguida oyó el aullido del espectro, y sintió su mano gélida en la nuca, pero siguió corriendo. Vio que Marina ya se había reunido con Sara y Borovski; el médium trazaba el círculo del pentágulo protector en torno a ellos.

—«... repele todo elemento discordante...» —recitaba en voz alta.

Lázaro notó de pronto algo deslizándosele por el cuello, y oyó, aterrado, el sonido de la cadena con la medalla del abuelo cayendo al suelo del jardín. El espectro lanzó un aullido de triunfo, pero Lázaro no podía detenerse ahora. Su única oportunidad era alcanzar el círculo...

—¡... antes de que se cierre, Lázaro, antes de que se cierre! —chillaba Borovski.

Lázaro sintió los dedos espectrales agarrándole el pelo. Sintió su aliento de muerte envolviendo su alma. Cayó al suelo, a dos pasos del círculo.

—¡¡Lázaro!! —chilló Sara.

Todas las velas estaban encendidas y colocadas, excepto una.

Con un esfuerzo sobrehumano, Lázaro se arrastró hasta el círculo y entró por el hueco abierto justo cuando el espectro se lanzaba sobre él...

—¡¡Rápido, rápido!! —chillaba Borovski, mientras frotaba con ajo aquella parte del círculo por donde había entrado Lázaro—. «... sostenida en el Círculo dorado...».

Se apresuró a colocar la última vela en la punta del pentágulo.

—«¡Envuélveme, ayudándome a evolucionar!» —concluyó Borovski.

Inmediatamente, algo parecido a un densísimo banco de niebla se estrelló contra una especie de barrera invisible cuando trató de llegar a ellos.

—¡Funciona! —exclamó Marina, estupefacta.

—Claro que funciona —replicó Borovski, muy digno—, siempre y cuando se haga bien. Para eso hay que dibujarlo cada vez en torno a uno. Si se sale del círculo, éste pierde su fuerza, así que no se debe volver a entrar en él, sino construir uno nuevo.

—Vaya —comentó Lázaro, avergonzado—. No lo sabía.

—¡Tú tenías algo que hacía retroceder a esa cosa! —exclamó Marina, con los ojos muy abiertos—. ¡Yo lo he visto!

Sara y Borovski miraron a Lázaro con interés.

—Sí, lo tenía —dijo—. No sé por qué, pero la medalla del abuelo lo asustaba.

—¡La medalla del abuelo! —repitió Sara, pasmada—. ¿Y ya no la tienes?

Él se palpó el cuello desnudo.

—No, me la ha quitado ese... ese...

Miró al espectro, que rondaba en torno al círculo. Su terrible aspecto le hizo enmudecer y tragarse todas las palabras que se le ocurrían al respecto.

El fantasma asesino aulló de rabia e impotencia, y los cuatro amigos se acurrucaron unos junto a otros, temblando de miedo.

Hubo un largo silencio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Marina.

—Esperaremos al amanecer —dijo Borovski—. Entonces, podremos salir de aquí

sin peligro.

—Me gustaría que me contarais qué está pasando aquí.

—Es una larga historia... —empezó Lázaro, pero Marina le cortó:

—No importa: tenemos tiempo hasta el amanecer.

Lázaro procedió entonces a relatarle toda su aventura, desde el momento en que se coló en la casa para recorrer el jardín y se topó con el fantasma de una chica que lloraba desconsoladamente.

Cuando acabó, Marina estaba pasmada, sin acabar de creérselo. Fijó entonces su mirada en los ojos fantasmales que la miraban cargados de odio.

—Pero ¿quién es el asesino? —preguntó—. O, mejor dicho, ¿quién fue?

—Eso —asintió Lázaro—. ¿Quién fue? Elvira no menciona su nombre en su diario. Creo que sí lo hace en la anotación del día en que empujaron a Elisa escaleras abajo... Pero alguien arrancó esa página.

—Sí —dijo Sara inesperadamente; había estado callada todo el rato, de modo que su voz los sobresaltó—: La propia Elvira arrancó esa página.

—¿Qué? No, Sara, eso es absurdo. ¿Por qué lo haría?

Sara sonrió tristemente.

—Por amor —dijo por fin—. Un amor fatídico, funesto y desgraciado... como todos los amores románticos.

El espectro del asesino aulló.

Desde el estanque, volvieron a sonar los sollozos del espíritu de Elvira Valbuena.

XIII

—Estaba claro —prosiguió Sara—. Estaba muy claro. Elvira no menciona en su diario el nombre de su asesino, pero no para de hablar de él. Lo vio empujando a Elisa escaleras abajo, pero no dijo nada, porque no quería creer lo que había visto.

»En el fondo, seguía enamorada de él.

—¿De quién? —preguntó Lázaro, pero Marina lo había cogido al vuelo:

—De... ¿Adolfo Heredia? ¿De su cuñado? ¿Quieres decir que él es el asesino?

El espectro aulló y, de nuevo, se lanzó sobre ellos. Marina gritó. Pero la barrera del pentáculo lo detuvo otra vez.

—Elvira contó a su prima Sofía lo que había visto —prosiguió Sara—, y ella se dio cuenta enseguida de que las dos hermanas corrían un grave peligro. Pero Elvira no quiso delatar a Adolfo... ¿por qué? Por amor. Además, al fin y al cabo, Adolfo no era aún un asesino. La naturaleza le ahorró ese trabajo. Elisa murió poco después, tras contraer una breve enfermedad que los médicos, con los pocos conocimientos que había en la época sobre el tema, no supieron diagnosticar ni tratar.

»Pero Adolfo no podía permitir que alguien conociese sus verdaderas intenciones. Mató a Elvira e hizo que pareciese un suicidio, nada menos que ahogada en el estanque, como la Ofelia de *Hamlet*...

»Además, por si quedaban dudas, publicó un artículo en «La Gaceta Liberal», en el que hablaba de la moda romántica como la causante de la locura y posterior suicidio de Elvira...

—¡Un momento! —soltó Lázaro—. ¿Así que el artículo era suyo?

—Bueno, no se necesita ser un lince para adivinar que «Ofloda» es «Adolfo» al revés —indicó Sara—. Además, según creo recordar, en el anuncio de su boda ponía que él trabajaba en «*La Gaceta Liberal*».

—Pero... ¿por qué iba Adolfo a querer que muriera Elisa?

—Pues... en realidad la pista me la dio un pasaje del diario de Elvira: «No quiero creer a Sofía cuando me recuerda que Elisa nació unos minutos antes...». ¡Antes que Elvira! ¡Elisa era la mayor de las dos gemelas! ¡La que heredaría la fortuna de los Valbuena!

—Quieres decir... ¿qué Adolfo era un cazafortunas?

—¡Exacto! Cortejó a Elvira, le prometió amor eterno, la enamoró... hasta que se enteró de que era Elisa la heredera... y se casó con ella...

—Pretendería matarla antes de que ella tuviera hijos que pudieran aparecer en el testamento de Valeriano Valbuena, que ya estaba viejo e inválido... —añadió Borovski, pensativo.

—Trató de matar a Elisa, pero no lo consiguió. La empujó por las escaleras y se escondería, o algo así... nadie lo vio, salvo Elvira, que estaba por allí...

—Y todos creyeron que había sido ella —dijo Lázaro, echando un vistazo al espíritu de blanco que flotaba entre los árboles, lejos del alcance del espectro de

Adolfo Heredia—. ¡Y con eso Adolfo hacía carambola! Si convencía a todos de que Elvira no estaba bien de la cabeza, la meterían en un manicomio y...

—... Consecuentemente, ella tampoco podría heredar la fortuna de su padre —concluyó Sara.

Marina los miraba a los tres con los ojos muy abiertos.

—¿Podéis demostrar todo eso que estáis diciendo?

—¿Demostrar? —Lázaro señaló, ofendido, los rasgos cambiantes del espectro que rondaba en torno a ellos—. ¿Qué mas pruebas quieres?

—No. Quiero decir, demostrar esa historia ante un tribunal. La historia de cómo los Heredia se hicieron con la fortuna de los Valbuena.

Sara miró a Marina, muy sorprendida.

—¡Quieres decir... que podríais recuperar la casa!

—La casa, y una fortuna en tierras, ¿me equivoco? —dijo Borovski, con una sonrisa.

—No —replicó Marina con sequedad—. Pero es mucho más que una fortuna en tierras. Son nuestras raíces. —Se volvió de nuevo hacia Sara—. Dime, Sara, ¿podríais demostrarlo?

Sara hojeaba el diario de Elvira. Sacó de entre sus páginas un montón de hojas cuidadosamente dobladas.

—Si esto es lo que creo, sí.

—¿Y qué crees que es?

—Las cartas que Sofía escribió a su prima Elvira. El testimonio de Elvira tal vez no valga por sí solo, pero... Sofía era mayor que ella, más cabal, más seria. Creo que llegó a ser una mujer muy respetable. Y ella creyó en todo momento en la inocencia de su prima.

Lázaro había dejado de prestar atención hacía rato. Observaba pensativo las formas cambiantes del espectro de Adolfo Heredia.

—Y éste, ¿por qué está aquí? —le preguntó a Borovski.

—Es un espectro guardián —susurró éste en voz baja—. Vivía en la casa y protegía el diario de Elvira... y, con él, la verdad...

—Es increíble —murmuró Marina, sobrecogida—. He venido muchas veces a esta casa. Nunca he visto fantasmas.

—«Creer para ver» —dijo Lázaro con una sonrisa—. Si no crees en fantasmas, ellos nunca se mostrarán ante ti.

—Pero hay un motivo para que el fantasma de Adolfo Heredia se haya mostrado ante ella —añadió Borovski—: es una Valbuena, una Valbuena que conoce la verdad. Por eso apareció cuando Sara estaba a punto de revelarles lo que sabía. Los espectros de asesinos suelen estar obsesionados con sus víctimas. Si pueden, repetirán el crimen con alguien que les recuerde a ellas, sobre todo si es su descendiente. Y el peligro de que Marina se enterase de lo que pasó en realidad fue la excusa perfecta para atacarla.

—Bruno —dijo entonces Lázaro, pensativo; apenas había prestado atención a su parlamento, parecía como si estuviese en otra cosa, mientras contemplaba al fantasma de Elvira, que seguía lejos—. ¿Puede ser que me llamaran?

—¿Quiénes?

—Elisa y Elvira. No me colé en el jardín sólo por capricho, ¿sabes? Sentía... como una llamada, como si yo fuera una viruta de hierro y toda la casa fuera un gigantesco imán.

—Mmm... sí, es posible. Yo diría que las dos hermanas necesitaban imperiosamente que alguien las viera, las conociera y sacara su historia a la luz... sobre todo ahora, que la propiedad de la casa depende del veredicto de un tribunal...

»Sí, no me extrañaría que te hubiesen elegido a ti —Borovski miró a Lázaro, pensativo—. Eres noble, valiente y perseverante y, sobre todo... tienes fe. Eso es lo más importante.

Lázaro enrojeció, y miró hacia cualquier otra parte.

—Pues creo que se equivocaron —dijo en voz baja—. Conozco a alguien que será capaz de contar su historia al mundo cien veces mejor que yo.

Y miró a Sara, que parpadeó, sorprendida.

—¿Aún quieres escribir ese reportaje? —le preguntó, muy serio.

—Yo... empezó ella, pero la interrumpió un repentino grito de Borovski:

—¡¡La vela!!

Una de las velas se había apagado con el viento. Borovski tanteó frenéticamente en busca del encendedor, pero fue demasiado tarde: el espectro se coló por la brecha abierta en la barrera, y todos sintieron su aliento de hielo.

—¡El diario! —gritó Sara.

El diario de Elvira había sido violentamente arrancado de sus manos por una fuerza invisible. Sara trató de recuperarlo, pero no pudo evitar que cayera sobre una de las velas encendidas, y comenzara a arder.

—¡¡No!! —gritó Lázaro, e hizo lo que pudo para apagarlo, golpeándolo con fuerza.

Pero Borovski fue más rápido: destapó la pequeña botella de agua bendita que llevaba consigo y arrojó su contenido sobre el cuaderno. Inmediatamente, las llamas se apagaron como por arte de magia.

—¡Tenemos que...! —empezó el médium, pero un grito interrumpió sus palabras.

—¡Se lleva a Marina! —exclamó Sara.

Los tres alzaron la mirada hacia Marina Valbuena, que se debatía en el aire, envuelta en una neblina gris, que parecía arrastrarla...

—¡¡¡Hacia el estanque!!! —gritó Lázaro, y saltó fuera del círculo para acudir en socorro de la joven.

—¡No, no, no! —gritó Borovski.

Con un grito, Marina cayó en las oscuras aguas.

—¡No, no, no! —repitió Borovski, saliendo también del círculo—. ¡Hay que

sacarla de ahí!

Lázaro se disponía a lanzarse al agua para rescatarla, pero Sara lo agarró del brazo.

—¡Espera! ¿Y si te ahogas tú también?

—¡Sé nadar! —protestó el chico; se desasíó de su prima, se desprendió de la mochila y se tiró al agua.

Pronto se dio cuenta de que el estanque era más profundo de lo que parecía: no hacía pie.

Pero, además, se encontró con dos problemas añadidos: la ropa mojada pesaba tanto que tiraba de él hacia abajo, y sus pies se enredaban en las algas del fondo fangoso. Para cuando se reunió con Marina en el centro del estanque, estaba agotado.

—¡Agárrate a mí! —jadeó.

Marina manoteaba y bregaba por moverse. Abrió la boca para decir algo, pero su cabeza se hundió de pronto en el agua, como si algo la hubiera empujado hacia abajo.

Y Lázaro descubrió, con horror, que Marina no podía moverse del sitio, porque el espectro del asesino no se lo permitía. La mano del chico logró aferrar la de la joven.

—¡Mari...! —empezó, pero, súbitamente, también él se vio violentamente empujado hacia el fondo del estanque.

Luchó por volver a la superficie, pero las algas se le enredaban en los pies. Logró asomar la cabeza y tirar de la mano de Marina, pero apenas había abierto la boca para respirar cuando la fuerza fantasmal lo hundió de nuevo. Antes de que su cabeza volviera a sumergirse, le pareció oír la voz de Borovski desde la orilla:

—«¡Invoco la fuerza y la guía de la Luz Blanca para que me ilumine y proteja!».

Lázaro se esforzó por volver a subir. Consiguió sacar la cabeza, y sólo se le ocurrió decir:

—Elvira...

Inmediatamente, el espectro lo empujó de nuevo bajo el agua. Lázaro pataleó hasta quedar exhausto, pero no logró asomar la cabeza otra vez. Sentía los pulmones a punto de estallar, y supo que había llegado su fin.

Pero entonces, de súbito, otra fuerza tiró de él hacia arriba y lo sacó como si fuera una pluma. Era una fuerza cálida y reconfortante, que lo envolvía como una suave nube dorada. Lázaro abrió la boca para aspirar el aire que tanta falta le hacía, y se vio a sí mismo flotando en el aire, un metro por encima del agua. Junto a él levitaba también Marina, inconsciente.

—¡Lázaro! ¡Marina!

Era la voz de Sara desde la orilla, pero Lázaro no le prestó atención. Agotado, sin poder moverse, giró la cabeza para ver los primeros rayos de la aurora rozando las copas de los árboles del jardín inglés.

Y vio también el rostro de Elvira, que le sonreía antes de desvanecerse con las luces del alba.

XIV

Lázaro estaba sentado junto a la tapia, a la sombra de los sauces. Había llegado antes de tiempo, pero no le molestaba esperar. Le gustaba estar solo, para pensar.

Una brisa fresca le revolvió el pelo, y Lázaro respiró hondo. El verano se acababa. Pronto volvería al colegio, pero ya nada sería igual.

La historia de Elisa y Elvira Valbuena había sobrepasado los límites del reportaje escolar que había previsto Sara en un principio. Después de ordenar todos los documentos encontrados, Marina y su tía se habían puesto en contacto con un periódico local para que Sara les vendiera la historia que ella y Lázaro habían reconstruido. Ahora, toda la comarca conocía la verdad.

—Hola.

Lázaro alzó la cabeza. Frente a él estaban Sara y Bruno Borovski.

—Hola —respondió—. Creo que somos los primeros en llegar.

—¿Ah, sí? —Borovski tomó asiento resueltamente junto a él—. No importa, esperaremos.

Sara se sentó también. Estaba radiante. Bajo el brazo llevaba un periódico del que ya nunca se desprendía: un ejemplar del número que había sacado su reportaje.

Lázaro también se sentía feliz y muy orgulloso de ella. El reportaje incluía fotografías de la casa, del diario de Elvira, de las cartas de Sofía, de los artículos de «*La Gaceta Liberal*»... todo muy completo, para que la gente conociese hasta el mínimo detalle de aquella historia.

Aquel reportaje había tenido consecuencias. A la luz de los nuevos datos, el testamento de Valeriano Valbuena en favor de Adolfo Heredia estaba siendo revisado, y era muy probable que los Valbuena recuperasen la propiedad familiar.

Por otro lado, Lázaro, Sara y Bruno Borovski se habían convertido en los nuevos héroes del pueblo, aunque la gente sólo conocía la versión «oficial», la que se basaba sólo en los documentos y no incluía la intervención de los fantasmas.

A Lázaro no le había gustado aquello, pero hasta el mismo Borovski le había convencido de que era lo mejor. Así, Elisa y Elvira descansarían en paz, y la gente no tendría problemas en creer la verdad de la historia que habían descubierto gracias a ellas.

Después de su aventura, Sara y Lázaro habían ido a la biblioteca a dar las gracias al señor Isidro por la ayuda prestada. El pobre hombre estaba desolado: tras la aparición del reportaje en el periódico, su biblioteca estaba siempre repleta de gente que quería echarle la zarpa a los documentos centenarios que guardaba. La mayoría de ellos eran simplemente curiosos que no tenían la menor intención de iniciar una investigación seria, y el señor Isidro temía que estropeasen sus valiosos papeles. Por suerte, pronto se pasó la fiebre, y ahora había en la biblioteca personas realmente interesadas en lo que allí se guardaba. Pronto, también los tesoros bibliográficos del señor Isidro saldrían a la luz.

Ahora, los tres amigos se habían reunido para hacer algo importante, que debía haberse hecho más de siglo y medio atrás.

Permanecieron en silencio un rato, a la sombra de los sauces, hasta que Lázaro dijo:

—Gracias por salvarme la vida la otra noche, Bruno.

Borovski se puso colorado.

—Oh, bu-bueno, yo... no hice nada...

Sara se inclinó hacia su primo para susurrarle al oído:

—Si vieras como se puso cuando Marina le dio las gracias el otro día... estaba rojo como un tomate y no fue capaz de pronunciar una sola palabra.

Lázaro sonrió. La admiración de su amigo por la joven Valbuena no era un secreto para nadie.

—Sí que hiciste —insistió.

—No, fue Elvira quien se enfrentó por fin a su asesino y os rescató a Marina y a ti.

—¡Oh, Lázaro, si la hubieras visto! —exclamó Sara—. Salió de entre los árboles aullando y se lanzó contra Adolfo; parecía la misma diosa de la venganza en persona. Fue increíble: ¡el espectro salió huyendo!

—Tú la invocaste otra vez —dijo Lázaro, mirando a Borovski—. Conseguiste que reuniese valor para luchar contra él. ¿Cómo lo hiciste?

—No me acuerdo.

—Yo sí —intervino Sara; sus ojos brillaban maliciosamente—. Le dijo: «La verdad y la justicia están de tu lado: él ya no tiene poder sobre ti».

—Vaya —comentó Lázaro, impresionado—. Pues funcionó.

—En el fondo, era aún una niña —dijo Borovski, algo incómodo—. Una niña que sufrió demasiado. Pero estaba deseando intervenir para salvaros la vida, aunque no sabía cómo. Creo que en ese momento todos la invocamos a la vez, todos pensamos en ella, y eso le dio fuerzas. Por primera vez en mucho tiempo, no se sintió sola.

Sara se levantó de un salto, y Lázaro y Borovski la imitaron. Por el camino venía gente:

Marina y su tía, Amelia Valbuena, y don Epifanio, el sacerdote de la parroquia de Santa Mónica.

Marina y Amelia vestían de negro, y Sara se sintió algo cohibida.

Enseguida llegó también un coche verde, y Lázaro lo reconoció: era el Ford Mondeo de su madre. De él bajaron ella y la tía Clara.

La comitiva entró en el cementerio sin una palabra, y avanzó por el camino bordeado de cipreses. Se detuvieron frente a la tumba de Elisa Valbuena; junto a ella habían excavado otra, y a un lado descansaba un ataúd.

Sara y Marina suspiraron a un tiempo al verlo. Contenía los restos de Elvira Valbuena, hallados en el jardín trasero de la casa, enterrados bajo un enorme roble. Los Valbuena no habían reparado en gastos a la hora de proporcionar un lugar de

descanso para su antepasada, nada menos que al lado de su hermana; el lugar que merecía y que le había sido negado por culpa de la falsa acusación de su asesino.

La ceremonia fue íntima, breve y sencilla. Marina y Amelia quisieron colocar personalmente la lápida sobre el nuevo lugar de reposo de la joven Elvira Valbuena.

Lázaro leyó el epitafio, con un nudo de emoción en la garganta:

AQUÍ YACE
ELVIRA VALBUENA DEL CASTILLO

**Tenga por fin el descanso que merecen su
cuerpo y su alma**

11 - VI - 1819

7 - II - 1837

Q. E. P. D.

Lázaro se quedó contemplando la tumba un rato. Luego alzó la cabeza para ver el sol escondiéndose por el horizonte.

Y recordó algo.

—¡Tengo que hacer algo muy urgente! —exclamó de pronto—. ¡Hasta luego!

Se despidió con un gesto, dio media vuelta y se alejó corriendo por el camino de cipreses, sin hacer caso de las caras de desconcierto de sus amigos, ni de sus llamadas.

—¡Lázaro! —oyó que decía don Epifanio—. ¿A dónde vas?

—Desde luego, este chico... —refunfuñó la tía Clara.

Lázaro no los escuchó. Corrió por el pueblo sin mirar atrás, en una carrera contrarreloj.

Llegó sin aliento a la casa de la calle de las Acacias, y se coló por la brecha del muro del jardín; su existencia seguía siendo un secreto que sólo conocían Sara, Borovski y él mismo.

Atravesó el jardín inglés a todo correr, mientras los últimos rayos del crepúsculo iluminaban la casa, pero se detuvo en el lugar donde Borovski había dibujado su segundo círculo de protección.

No había vuelto a la casa desde entonces, de modo que se afanó en buscar por el suelo algo que había perdido, sonriendo ante la idea de estar haciendo de verdad algo que tiempo atrás había fingido que hacía, para lograr que Sara le guiase hasta aquel jardín.

Por suerte, no tardó mucho en encontrar lo que buscaba: la medalla brillaba misteriosamente a la luz del ocaso, enredada en un pequeño matorral. Lázaro la

recogió y se la puso.

—Gracias, abuelo —murmuró, con una sonrisa.

Siguió su camino hasta el jardín francés, y llegó cuando el ocaso expulsaba de allí a las últimas luces del día.

Por entre los setos, por el laberinto de rosales y blancas estatuas clásicas, el fantasma de Elisa Valbuena caminaba a paso ligero hacia el jardín inglés.

Lázaro la siguió una vez más, con el corazón lleno de júbilo. Ahora comprendía.

La casa.

La casa, habitada por el espectro de Adolfo Heredia, había sido una barrera entre las dos hermanas, un límite entre ambos jardines, al igual que el crepúsculo separaba la noche del día.

—Ya sé por qué estás aquí —le dijo Lázaro a Elisa.

Pero ella no parecía escucharle. Se detuvo de pronto ante la arcada que llevaba al jardín inglés.

—Aquí te parabas siempre —prosiguió Lázaro—. No puedes cruzar más allá, ni tampoco puedes quedarte en este mundo cuando cae la noche.

»Pero tú volvías todos los días, todos los días, al alba... con la esperanza de recuperar a la hermana que habías perdido.

El cielo empezaba a oscurecerse, y el fantasma de Elisa se difuminaba entre la niebla.

Pero esperaba pacientemente, y Lázaro con ella.

Por fin, antes de que el manto de la noche cubriera por completo la casa decimonónica de la calle de las Acacias, una figura vestida de blanco cruzó la arcada.

El espíritu de Elisa abrió los brazos en un gesto de bienvenida. El espíritu de Elvira corrió a su encuentro.

Se parecían como una gota de agua a otra.

Los dos fantasmas se fundieron en un abrazo, giraron, como en un torbellino... Todo a su alrededor se vio sacudido por un viento de ultratumba, y Lázaro vio que las dos estaban envueltas en un brillante manto de luz dorada.

Elisa y Elvira se alzaron sobre el jardín francés, hacia el último rayo del sol crepuscular... y desaparecieron en la niebla.

Lázaro se quedó solo en medio de la noche.

Sonrió. No necesitaba cruzar la arcada ni buscar a Elvira en el jardín inglés para saber que no la encontraría. Su alma por fin descansaba en paz, y su espíritu nunca más volvería a vagar después de la puesta de sol. Se había transformado en un fantasma solar, y, de volver a aparecer por el mundo de los vivos, lo haría durante el día...

... si es que volvía.

Lázaro alzó la mirada hacia las estrellas y pensó que las echaría de menos, a las dos, e intuyó que hasta la casa y los jardines estaban llorando su partida...

Como había dicho Borovski, los fantasmas solares no solían tener motivos para

volver.

Lentamente, Lázaro se dio la vuelta y contempló la casa, una vez más.

—Tus muros no podían guardar el secreto eternamente —le dijo.

Tuvo la sensación de que la misma casa le sonreía.



LAURA GALLEGO GARCÍA. Nació el 11 de octubre de 1977 en Quart de Poblet (Valencia).

A los once años comenzó a escribir con su amiga Miriam, la que sería su primera novela sin publicar, «*Zodiaccía*», un mundo diferente (disponible en su página web).

Es fundadora de la revista universitaria *Náyade*, repartida trimestralmente en la Facultad de Filología y fue codirectora de la misma desde 1997 a 2010. En la actualidad realiza su tesis doctoral sobre el libro de caballería *Belianís de Grecia* de Jerónimo Fernández, publicado en 1579.

Su primera novela publicada fue «*Finis Mundi*» (1999), seguido por títulos como «*Mandrágora*» (2003), pero obtuvo mayor popularidad con su trilogía «*Crónicas de la Torre*» («*Crónicas de la Torre I: El valle de los lobos*» (2000), «*Crónicas de la Torre II: La maldición del Maestro*» (2002), «*Crónicas de la Torre III: La llamada de los muertos*» (2003) y un ejemplar sobre la vida de uno de los personajes: «*Fenris, el elfo*» (2004)). A raíz de esa trilogía surgió un gran interés por su obra, especialmente en internet.

Aunque su fama se debe principalmente a las novelas juveniles, ha publicado también obras dirigidas a un público infantil: «*Retorno a la Isla Blanca*» (2001), «*El cartero de los sueños*» (2001).

En 2004 comenzó a publicar su segunda trilogía, titulada «*Memorias de Idhún*» («*Memorias de Idhún I: La Resistencia*» (2004) «*Memorias de Idhún II: Tríada*»

(2005), «*Memorias de Idhún III: Panteón*» (2006)), cosechando su mayor éxito hasta el momento, con más de 750.000 ejemplares vendidos.

En 2004, también, se publicó «*La hija de la noche*», una historia corta y fácil de leer, pero a la vez entretenida.

Después de esta exitosa trilogía ha publicado varios libros: «*La Emperatriz de los Etéreos*» (2007), «*Dos velas para el diablo*» (2008), «*Sara y las goleadoras: Creando Equipo*» (2009), «*Alas negras*» (2009) la continuación de la exitosa novela «*Alas de fuego*» (2004), los otros cinco tomos de la saga «*Sara y las Goleadoras*» («*Las chicas somos guerreras*» (2009), «*Goleadoras en la liga*» (2009), «*El fútbol y el amor son incompatibles*» (2010), «*Las Goleadoras no se rinden*» (2010) y «*El último gol*» (2010)).

Sus últimas publicaciones son «*Donde los árboles cantan*» (2011) y «*Mago por casualidad*», de esta última está en proceso de escritura la continuación, «*Héroe por casualidad*».

Actualmente se están llevando a cómic las aventuras de *Memorias de Idhún*.